2517

LA SIN VENTURA

DRAMA DE AMOR EN TRES ACTOS

(El tercero dividido en dos cuadros)

ADAPTACIÓN HECHA

POR

Antonio de la Villa y Víctor Gabirondo

1881-

DE LA CELEBRE NOVELA

DEL

"Caballero Audaz"

Se estrenó con gran éxito en el TEATRO LARA de Madrid por la compañía Fábregas-Tovar, el 30 de septiembre de 1921.

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1921

LA SIN VENTURA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norverge et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

637:3

LA SIN VENTURA

DRAMA DE AMOR EN TRES ACTOS

(El tercero dividido en dos cuadros)

ADAPTACIÓN HECHA

POR

Antonio de la Villa y Víctor Gabirondo

DE LA CÉLEBRE NOVELA

DEL

"Caballero Audaz"

Se estrenó con gran éxito en el TEATRO LARA de Madrid por la compañía Fábregas-Tovar, el 30 de septiembre de 1921.

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
Norte, 21.—Teléfono 1,-65 J.
1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMBARINA	Virginia Fábregas.
BLANCA	Sra. Díaz de Escobar.
LA PAMPLONESA	Mercedes Nieto.
SOLEDAD	Luz Urriola.
DOÑA ESCOLÁSTICA	Mercedes Nieto.
ANA	Teresa C. Cerda.
RAFAELA	Fanny Schiller.
DOMINICA	Lola Villodres.
ÁNGELES	María Melgarejo.
SOR FILOMENA	Fanny Schiller.
MANOLO	Luis Martínez Tovar.
CARLOS	Manuel Sánchez Navarro.
JULIO	Ignacio Evans.
RODRIGO (Duque de Vivar)	Arturo Parera.
RENDÓN	Alfredo Macías.
DON FLORENCIO	Fernando Carmona.
CAMPANILLAS	Agustín Orrequia.
URIOLES	Fernando Cobos.
DOCTOR SALCEDO	José Cuenca.

ACTO PRIMERO

Gabinete muy femenino de suprema elegancia. Muebles modernos de refinado gusto, teniendo en cuenta que la casa es propiedad de una artista de educado temperamento que ha vivido los mejores ambientes. Sofá turco con almohadones; lámpara de pie, que estará encendida, igual que otro aparato que penderá del techo. Mesita de centro con flores, sillas, butacas, etcétera, etc. En las paredes algún cuadro de firma. Al fondo, puerta grande de cristales que da paso a un *hall*.

Al levantarse el telón la puerta del *hall* estará abierta, y dentro del *hall*, a un lado, se verá un baúl de los que usan las artistas para sus viajes.

Soledad, la doncella, estará dando los últimos toques al equipaje, suspendiendo sus funciones cuando lo requiera el diálogo. Manolo ocupará el sofá que se indica. Sobre muebles y sillas habrá vestidos y abrigos, que Soledad irá colocando en el baúl. A la izquierda una puerta practicable y otra a la derecha. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD y MANOLO.

Mano. Sigue, sigue en tus cosas. Yo soy de confianza.

Sole. Gracias, señorito Manolo. Ya va quedando menos. El laberinto del equipaje.

Mano. ¿Os marcháis mañana?

Sole. En el expreso de las diez. La señorita debuta el jueves. Llevamos las horas contadas.

Mano. ¿Cuántas funciones hacéis?

Sole. Creo que cuarenta. Y después a San Sebastián, y luego a Bilbao, Logroño y Zaragoza. ¡Lo mismo que los toreros!

Mano. ¿Y embarcar?

Sole. Creo que en La Coruña, el 4 de diciembre,

Mano. Un poco inquieta vuestra vida.

Sole. Más que inquieta, porque esto no es vivir.

Mano. ¡Quién diría hace diez años!

Sole. Hace diez años, que Ambarina ganaba seis pesetas. ¿Se acuerda usted, señorito, aquel *Pachá Bumbún* del «Nuevo Ideal»? Entonces

la señorita salía a hacer bulto. Entonces se vivía a salto de mata. Como buenamente se podía. Cenábamos—cuando cenábamos—en el Colonial, con «Polvorilla», y con Rafael Muro, y con «Lobito» y con usted. Todos andábamos a conquistar Madrid. Y sólo Ambarina y usted pudieron vencerle.

Mano. Ambarina solo.

Sole. Y usted, que además de talento tiene nombre y dinero y amigos. ¿Le parece poco?

Mano. Y de Amador, ¿qué fué?

Sole. ¡Pobre! Murió en Buenos Aires en un manicomio. La gente dijo que de amor por Ambarina. Yo creo que de tanto *Wisky* como bebía, de lo desarreglada que hacía su vida.

Mano. No; Amador quiso mucho a Ambarina. Ella también se dejó querer, hasta que tropezó con Julio.

Sole. El castigo de Ambarina.

Mano. No digas eso.

Sole. Digo la verdad. Mi señorita se deslumbró porque Julio tenía entonces dinero, tenía una gallarda figura, tenía automóvil, mucha desvergüenza—no tanta como tiene ahora—y mujeres que le daban cartel y amigos que le hacían corro.

Mano. A Julio le debe Ambarina lo que es. Su primer contrato en el Kursaal. La primera excursión a París. Julio educó sus gustos, refinó su temperamento. La hizo ambiente en los periódicos.

Sole. ¡Bien caro lo ha pagado!

Mano. ¿Pero no es feliz con él?

Sole. Julio no puede hacer feliz a nadie. Es egoísta, bebe, juega, le gustan todas las mujeres, gasta sin tino...

Mano. Yo no creía...

Sole. Ni nadie que le vea; tan fino, tan educado, pendiente siempre de ella, cuando está delante de las gentes.

Mano. Dicen que Margarita estuvo enamorada también de Acosta, cuando vivíais en París. De aquel diplomático americano, que dió tanto que hablar por el dinero que tiraba.

Sole. Margarita no le quiso nunca. Fué otra infamia de Julio, que en los momentos de agobio no vaciló en entregarla.

Mano. ¡No digas eso!

Sole. Digo lo que dicen todos. Lo que saben todos. En París, Ambarina, los primeros años, apenas si tuvo teatro, y para ganarlo, él no vacilaba en llevarla a los *cabarets*, a los restaurantes de noche y entregarla al mejor postor.

Mano. No puede ser eso.

Sole. Sí que lo es; usted sabe lo que yo soy para Margarita. Lo que sería capaz por ella. ¡Si yo supiera que era feliz! (Suena el timbre.) Espere usted un momento, que llaman. Debe ser el señorito Jerónimo y la Pamplonesa y el señor Duque. Vienen también a cenar. ¡Como es la última noche!

ESCENA SEGUNDA

Soledad, Blanca y Manolo (puerta izquierda).

Sole. ¿Es usted, señorita Blanca? Pase, pase por aquí. Está aquí el señorito Manolo.

Blan. ¡Hola, muchacho! Pero, ¿dónde diablos te metes, que no se te ve el pelo hace un siglo?

Mano. En mi casa. Apenas salgo.

Blan. Ya sé, ya sé que pescate buena dote. Que vives con tu suegro, que es un personaje de esos que mandan. ¡Hay pillos con suerte!

Mano. ¿Lo dices por mi suegro?

Blan. Y por ti, que quizás no te estorbe el saberlo.

Mano. Y tú, ¿cómo vives?

Blan. De milagro. Hace tres años que no sé yo misma cómo vivo. ¡Estoy tan sola!

Sole. La señorita Blanca no tiene razón. Su hermana Julia ha querido llevarla a vivir con ella.

Blan. ¿Yo vivir con mi hermana? ¿Aguantar a mi cuñado? ¿Sufrir a mis sobrinos? ¡Ni que estuviera loca! ¡Pobre, pero libre! (Transición.) Estuve esta noche a primera hora en Maxim's. Vi a Julio Ayala. Me dijo que se marchaba mañana con Ambarina y vengo a despedirla. Ambarina me quiere mucho. Ha sido siempre muy buena conmigo. (Reparando en la labor de Soledad.) ¿Quieres que te ayude?

Sole. No, no, muchas gracias, señorita Blanca. Ya no queda nada. (En el transcurso del diálogo cierra el baúl y lo arrastra hacia afuera de la escena.)

Blan. Pues vengo a ver a Margarita para pedirla un pequeño favor. Tú me ayudarás.

Mano. Si puede algo mi influencia...

Blan. Se trata de un favor que me resuelve la vida para siempre.

Mano. Muy interesante.

Blan. Estoy cansada de rodar de un lado para otro. Quiero dejar mi casa, las amigas, el trato con ciertas gentes. Pienso en una honesta retirada.

Mano. ¿Tan pronto?

Blan. No te burles.

Mano. ¿Vas a vivir en algún pueblo ignorado?

Blan. ¿Qué dices? ¿Yo vivir en pueblo? ¡Qué asco! No; mi propósito es vender los muebles, las alhajas y unos pocos de valores que me quedan. He encontrado, por mi suerte, un hombre que me entiende, que no vacila en ser mi compañero por toda la vida.

Mano. ¿Te casas?

Sole. ¿Se casa la señorita?

Blan. No digáis locuras. Busco compañía, pero no casorio. Este hombre de quien hablo, que es todo un caballero, que ha viajado por todo el mundo, que sabe tratar finamente a las mujeres, ha encontrado en mí lo que no ha encontrado en otras. Quiere asociarse conmigo. Yo he visto cómo es su conducta y no he vacilado. Me ha propuesto un negocio.

Mano. ¿Acaso de alhajas?

Sole. ¿Alguna pensión de lujo?

Blan. ¿Queréis callar? Yo le conocí en Maxim's. Y le vi jugar y ganar escandalosamente. Dos o tres días después, le vi ganar cuanto quería. ¿Cómo puede usted hacer eso Chávarri?—porque se llama Chávarri y es de familia muy distinguida de Bilbao—le pregunté. Con una combinación sencillísima. Y me la explicó. Es un juego de docenas en la ruleta. Se entra al tercer pase, contra la repetida, en tanteo ascendente.

Mano ¿Y tú vas a ser el socio capitalista?

Blan. Naturalmente. El pondrá la inteligencia. Yo el dinero y la administración. Necesito veinte mil pesetas. Diez mil las tengo ya. Las otras quiero pedírselas a Ambarina. ¿Crees que es una locura?

Mano. No, ni mucho menos. Aspiras a una retirada. Y yo creo que por ese lado vas a conseguirla definitivamente. (Suena el timbre y Soledad sale).

Sole. Ahora deben ser ellos. Voy yo misma.

Mano. ¿Y cuándo inauguras las operaciones?

Blan. Será este invierno en Montecarlo. Queremos hacer dinero con toda rapidez. Además, a él no le gusta el curioseo de la gente conocida.

Mano. Comprendido, comprendido.

ESCENA TERCERA

Ambarina, el Duque de Vivar, Consuelo la «Pamplonesa» y Jerónimo. Estos dos últimos saldrán cuando lo marque el diálogo. Además los mismos personajes de la escena anterior, teniendo en cuenta que Soledad, mitad doncella y mitad confidente de Ambarina, ocupará siempre la discreta condición de una servicial. (Puerta izquierda.)

Sole. Ya están aquí. Viene también la señorita.

Amba. ¡Hola, Blanquita, amiga mía! ¡Cuánto te agradezco! Y a ti, Manolo. Perdonad si os hice esperar. No me dejaban. Estoy rendida.

Duqu. ¡Oh, queridos! Blanca, doña Blanca, inmensa Blanca. Y tú, Manolito, ¿cómo estás?.

Mano. No tan bien como usted, querido Duque.

Amba. (A «Pamplonesa» y a Jeró imo). Pasad, pasad por aquí.

Jeró. Estaba viendo ésta tu recibimiento. Todo se la antoja, todo quiere verlo.

Pamp. ¿Hago mal en curiosear?

Jeró. ¡Hola Manolo! ¡Hola Blanca!

Mano. ¿Qué tal? ¿Y tú, qué tal, María Isabel? Te veo cada día más guapa, más escandalosamente elegante.

Pamp. Pero no me lo dices siempre. Sobre todo cuando vas con tu mujer.

Mano. ¡Ya comprenderás...!

Amba. (Rápida y aparte a Soledad). ¿Hubo algún recado?

Sole. El señorito Julio telefoneó desde la Peña. Dijo que vendría a cenar. Que le acompañaría el señor de Rendón.

Amba. ¡Ese hombre! Bien, bien, pues disponlo todo. Allá en el comedor. ¿Y el equipaje?

Sole. Todo en regla.

Amba. No descuides nada. Di en la cocina que aligeren. Procura que no falte detalle.

Sole. Está tranquila, nena, está tranquila. (Váse por el *hall*).

ESCENA CUARTA

Todos los personajes, menos Soledad.

Duqu. (A Manolo). No te veo en los teatros. ¿No haces vida de noche?

Mano. Poco, muy poco.

Blan. No va por ninguna parte. Es un sinvergonzón que se ha retirado.

Mano. Tú no debes decirlo ahora que te vas a retirar.

Duqu. Blanquita no se retirará nunca; lo dice por coquetería.

Jeró. ¡Qué noche! ¡Qué noche, Ambarina! No tendrás queja del público de Madrid.

Pamp. ¡Qué aclamaciones! ¡Cuánto entusiasmo!

Amba. Estoy muy contenta, muy contenta. Pero muy cansada.

Duqu. ¡Y cómo dices ese *cuplé* de la despedida:

«Cuando yo vuelva
a mi país.
Cuando ignorada
viva ya».

Es de lo mejor que te han escrito. El mejor, no. Porque falta el mío.

Blan. ¿Tú también cupletero?

Duqu. Se hace un poco de todo.

Blan. Ya sé, ya sé que pintas y escribes y haces estatuas y comedias. Tu dinero te costará.

Duqu. Querrás decir mi trabajo.

Pamp. No podrás olvidar nunca esta noche.

Jeró. ¡Qué enormidad de público! En un palco estaban Angelita y Paquita Morano y la Pastora. Yo no les quitaba ojo. ¡Cómo se mordían los labios! ¡Cómo volvían la cara sin poder ocultar la envidia!

Amba. ¿Y por qué? Ellas también están muy aceptables en su género.

Jeró. Un género alegre, ligero, un poco descocado.

Duqu. Sobre todo cuando se quitan las mallas. A esas les va mejor los reservados del Maxim's.

Blán. (Al Duque). Tú podrías decir algo de eso. Y Angelita también. Dicen que esa cruz de brillantes que lleva se la has regalado tú. Más de veinte mil pesetas...

Duqu. Infundios, novelas, la gente que no sabe de qué hablar.

Jeró. Sin embargo, ¡cuando el río suena...!

Pamp. Y ahora suena bien. En Madrid no se habla de otra cosa. Rodrigo es el hombre de las conquistas más caras. El de más delicado desprendimiento con las mujeres.

Blan. Una cruz de brillantes, un montón de miles de pesetas. Un automóvil, un montón de miles de duros. Esa Angelina es un perro dogo. ¡Tiene una mano para los hombres!

Duqu. Pero si todo es una invención.

Blan. ¿Una invención que tú le quitaste el puesto al «Chícharo», el torero de moda? ¿Una invención lo de la compra de los muebles? ¿Una invención que te la llevaste a París para que aprendiera bailes y posturas? ¿Una invención que tus hijos te han armado pleito y te quieren declarar hombre prodigio?

Jeró. Pródigo querrás decir.

Blan. Bueno, eso que declaran para que uno no se gaste su dinero.

Duqu. ¡Calla, calla, boca infernal!

Pamp. Eres injusta con Rodrigo. Si todos los hombres que tienen y pueden fueran como él, otra sería la suerte de muchas mujeres.

Blan. Eso es verdad. Rodrigo está en todos los detalles.

Duqu. En todos, no; «Cocinilla» estaba en muchos más.

Amba. ¿Quién es «Cocinilla»?

Duqu. ¡Oh, la gran aventura de Blanquita!

Blan. ¡Mentira! ¡Mentira!

Duqu. Parece que te picas, ¿eh? Pues voy a decirlo: «Cocinilla» era un *maitre* que vino a dirigir los tés del Palace hace siete años. Un italiano dulce y almibarado, que se esmeraba mucho en el servicio de Blanquita y que obsequiaba con más largueza todavía a «Fredy», una perrita que poseía Blanca, y a la que todos sus amigos odiábamos por igual.

Blan. ¡Oh, mi pobre «Fredy»! ¡Calla, calla, infame!

Duqu. Si lo voy a decir todo... «Cocinilla» logró interesar el corazón de Blanca, y un buen día saltó desde el Palace a regir la casa de Blanquita. ¡Fué una adquisición! Malas lenguas cuentan que «Cocinilla» se apoderó de la administración de la casa, que tomaba la cuenta del cocinero, que llevaba la de la lavandera, que disponía de la firma de Blanca en el Crédito. El caso es que cuando menos se esperaba desapareció. ¿Cuánto te costó aquella aventura?

Blan. A mí, nada; es una novela que se inventó para desacreditarme.

Amba. A ti, ¿por qué? A él, probablemente.

Blan. La gente es muy mala.

Amba. Muy mala... No lo sabes tú bien.

Blan. (Reparando en Ambarina). ¿Estás pálida, nena?

Amba. Muy fatigada. El escenario va a acabar conmigo.

Blan. Pues pon los medios para que no suceda. Yo, con el dinero que tú tienes, habría pensado ya en otra cosa, en otra vida. Precisamente de eso venía a hablarte.

Amba. (Sonriendo con ironía). ¿De mi retirada?

Blan. No, de la mía. Ya te explicaré luego.

Mano. Sí, sí, ya verás. Blanca ya no es Blanca. Es el terror de los banqueros.

Blan. No lo tomes a broma; cuando Margarita lo sepa, tampoco se reirá.

Amba. Yo no me río nunca de tus cosas. Has vivido siempre haciendo las mayores locuras, y has vivido bien. ¿Crees que pueda existir nada más razonable?

Blan. Lo de ahora es un éxito que no tiene precedentes. Ya te explicaré.

Pamp. (Que curiosea todos los muebles y los cuadros). (A Ambarina). Oye, ¿dónde pusiste el cuadro que te hizo Julio Romero, aquel en que estás de maja?

Amba. Lo tengo en el salón. He comprado un salón nuevo. Me lo ha vendido ese diablo de Eduardo Robles. ¿Queréis verlo? Tengo allí la estatuilla que me hizo Rodrigo.

Duqu. Mi obra maestra.

Blan. Y la de Julio Antonio. Dicen que él la hizo y tú la firmaste.

Duqu. Envidias de maldicientes. La modelé delante de Ambarina.

Amba. Y tengo una linda colección de abanicos... Y algunas cosillas de interés en la vitrina. ¡Podéis verlo todo! ¡Curiosearlo todo! (Llamando) ¡Soledad! ¡Soledad!

ESCENA QUINTA

DICHOS Y SOLEDAD

Sole. Dígame, señorita.

Amba. Lleva a los señores a la sala. (Aparte) Y entreténlos por todos los medios: quiero quedarme sola con Manolo. Hablar con él.

Sole. Bien, bien. Por aquí pueden pasar los señoritos.

Blan. Yo no tengo ningún interés en ver nada.

Amba. Pero yo tengo mucho interés en que lo veas. En que los entretengas. Sé discreta. Quiero hablar con Manolo.

Blan. (Riendo con malicia) Vamos, sí, ya entiendo. Alguna combinación.

Mano. Pero nunca será como la tuya.

ESCENA SEXTA

AMBARINA Y MANOLO.

Amba. Perdóname, Manolo, esta llamada. Sé que te repugnan estos contactos. Pero no acertaba a marcharme sin verte. Necesito de ti. Por eso te he buscado.

Mano. No debes preocuparte por mi espera. He venido muy contento. Lo estoy ahora.

Amba. Para mí eres siempre el mismo, ¿verdad?

Mano. El mismo. No lo dudes nunca. Hace diez años, cuando empezabas, cuando yo vivía con mis otros compañeros de *pirueta*, mientras para los demás eras la codiciada, para mí eras la hermana, la amiga, la madrecita, la consejera buena y noble. ¿Te acuerdas cuando quise marchar a la Habana aceptando un puesto en *El Diario*, sólo por complacer a Patrito, a aquella loca que quería marcharse

conmigo? Tú me convenciste de la locura y del rídiculo que me amenazaba.

Amba. Estonces, acaso yo podría aconsejar. Ahora es posible que yo necesite de tus consejos.

Mano. ¿Te ocurre algo?

Amba. Algo muy hondo, muy doloroso, muy triste. Algo muy largo de contar. Pero yo no tengo. derecho a atormentarte, ni a atormentarme tampoco.

Mano No, no me atormentas. Habla, habla. Sé que sufres, Que no eres feliz. Tú, que soñabas con los viajes y la vida inquieta y el conocer otras gentes. Tú, que envidiabas el triunfo de las grandes artistas de entonces. Que ponías en todos tus empeños tanta fe, tanto optimismo.

Amba. Pero cuando se llega. Cuando ve una cerca lo que se ha ido dejando en las zarzas del camino. Cuando miramos lo que nos rodea, cálculo, egoísmo, adulación, hipocresía, afán de hacer mal por hacerlo... Mi madre fué lavandera, y yo la oí muchas veces a la pobre decir que era feliz con el cariño de mi padre, con ir sacando los hijos adelante, con que no le faltara trabajo y poder ir a las bancas del Manzanares, en aquellas bancas donde yo ayudé de pequeñita, llevando las sacas, tendiendo las ropas...

Mano. ¿No te sonroja el recuerdo de aquella antigua vida?

Amba. Me sonroja mucho más esta. Mi arte no es arte. Es un medio más o menos decoroso de exhibir ante mucha gente lo que se exhibe casi siempre ante uno solo.

Mano. ¡No digas eso! Tu arte, el arte de Ambarina, ha llegado a preocupar seriamente a los críticos, a cautivar al público, al público de todo el mundo. La cancioneta tiene una modalidad. Revela siempre un exquisito tempera mento. Tú hubieras triunfado en cualquier otro género.

Amba. Yo hubiera querido mejor lo que tú has logrado. Casarme, tener unos hijos buenos que me reverenciaran y vivieran para mí. Gozar de la estimación honrada de la gentes.

Mano. Estás a tiempo todavia.

Amba. ¡Para casarme ya es tarde!

Mano. ¿Qué sabes de eso?

Amba. Pero si no es casarme; es vivir tranquila, en honesto sosiego, gozando la vida con la placidez a que tengo derecho. Para eso te he llamado. Me voy mañana a Barcelona. Es el comienzo del fin. Mi vida de artista ha declinado. El éxito del público se va de día en día. ¡Son muchos diez años! Ahora empieza el éxito de los periódicos. Y a ese éxito no me resigno.

Mano. ¿Y qué te propones?

Amba. Sueño con mi retirada, una retirada que no deje huellas de lo que fuí. Concibo una vida nueva, tranquila, de sosiego, de apartamiento.

Mano. ¿Y te seguirá Julio a ese retiro? ¿Lo sabe él? ¿Le has consultado?

Amba. Julio hará lo que quiera yo que haga.

Mano. ¿Qué dices?

Amba. Lo que tú sabes y por discreción o por piedad acaso no te atreves a decirme. Lo que todos comentan y se dicen al oído. Julio es mi amante por cálculo, lo fué siempre, hasta cuando me conoció en el estudio de Pepe Rubio hace diez años. Entonces él caminaba derecho a la ruina. Me vió y comprendió bien pronto cuál era su salvación. Él me odia y yo le odio. En ese punto los dos estamos bien entendidos.

Mano. ¿Y por qué sigues con él?

Amba. Porque le tengo miedo. No miedo a la violencia, pues a veces creo que la que podría pegar, arañar y hasta asesinar soy yo. Miedo al escándalo, miedo a que pregone cómo me he vendido muchas veces con su consejo, pero en provecho de los dos. ¡Cuánta humillación!

Mano. ¡Pobre Ambarina!

Amba. ¡Sí que es verdad! ¡Pobre Ambarina! Esta Ambarina que trae ahora a Madrid un contrato de cuarenta mil pesetas por un solo mes; que tiene automóvil y casa propia; que va cuajada de brillantes; que lleva los sombreros más caros y la visten los modistos de más nombre, es más desgraciada, más pobre, y, sobre todo, más despreciable que aquella Ambarina del «Nuevo Ideal», la que trabaja-

ba por seis pesetas en el coro del *Pachá Bumbún*, luciendo unas mallas deslucidas, enseñando su carita hambrienta...

Mano. ¿Y qué pretendes?

Amba. Ahora verás. (Se levanta y saca de un mueble una cartera). En esa cartera (alargándosela) tengo todos mis ahorros. Lo que pude ocultar de la codicia de ese hombre. Quiero que me abras un depósito en el Banco mañana, antes de marcharme. Yo iré a firmar cuanto haga falta. Periódicamente, allí donde yo esté te mandaré más dinero. Cuando tenga lo necesario me retiraré. No lo sabrá nadie mas que tú.

Mano. Pues confía; ya me conoces.

Amba. Como a mí misma. Eres el amigo leal, el único amigo. Por eso te buscaba. Por eso descanso en tu confianza. (Llora).

Mano. Pero no llores, nena. ¡Si te vieran!

Amba. Es que hay cosas más fuertes que una misma. (Oye abrir la pue ta con llavín). Pero calla. Ya está ahí Julio. Que no sepa que he llorado. Que no me vea. (Escapa por la puerta de la derecha)

ESCENA SÉPTIMA

MANOLO, JULIO, RENDÓN y URIOLES.

Juli. ¡Hola, señor de Fresneda! ¡Dichosos los ojos! Ante todo te voy a presentar: Don Alejandro Rendón, rico hacendado de Cuba. Mi buen amigo Manuel Fresneda, uno de los prestigios del periodismo, un político de gran porvenir.

Rend. Señor, mucho gusto.

Juli. Nos acompaña también Urioles. ¿No conoces a Urioles? Este pelmazo de Urioles, uno de los trapisondas más grandes de Madrid, un mudo que habla. ¿Sabes de algo más original?

Rend. Muy gracioso.

Mano. Conozco a Urioles. (Le hace un gesto saludándole).

Urio. ¡Hola!

Mano. Recuerdo cuando vendía aquellas Tablitas en Fornos y daba sablazos con unos versos, tan sobrados de ripios como faltos de ortografía.

Juli. Ahora merodea por los cabarets. Es punto

fuerte en el Maxim's; Rendón se lo ha echado de secretario.

Rend. Me distrae. Es hombre ingenioso.

Juli. Sabe administrar muy bien su mudez.

Rend. (Riendo). Pero muy mal el dinero de los amigos.

Urio. (Que durante el diálogo ha estado curioseando todo, después de contemplar el cuadro). Está bien de tono. Es bonito.

Mano. Por algo no lo has pintado tú. ¡Idiota!

Urio. ¿Cómo?

Mano. (Haciendo las letras con la mano). I - d - i - o - t - a.

Urio. ¿Yo idiota? Es posible. El trato contigo.

Rend. Siempre tiene una contestación en el ataque. Yo he observado en él ciertas inclinaciones al humorismo. Un humorismo agresivo, sombrío, agrio. (Por señas). ¿Tienes los versos ahí?

Urio. (Sacando nervioso de todos los bolsillos un centenar de tarjetas de esas que se estilan en el casino y en las salas de recreo para anotar la marcha de las barajas. Todos.

Rend. (Por señas). Sólo los de Ambarina.

Urio. Mira, mira. (Después de revolver, sacando unas tarjetas. En el dorso van escritos los versos).

Rend. No tienen medida, pero no les falta intención. Ya verá usted.

Juli. Pero dejad ahora los versos. Son cerca de las dos; me caigo de hambre.

Rend. Son para Ambarina. Tú no los conoces. (Leyendo).

Ambarina divina,
divina bailarina,
la mejor cantarina
que yo pude escuchar.

Juli. ¿Que él pudo escuchar? ¿Pero qué pudo escuchar este mudo? ¡No veis que es sordo! (Por señas). ¡M - a - m - a - r - r - a - c - h - o!

Urio. Calla, calla. Oye hasta el final.

Rend. (Leyendo).

Ambarina, tu nombre
se adueñó de la fama
y hoy a ti te proclama
la trompeta triunfal.
Eres dueña y tirana,
tus caprichos son leyes
y a tus plantas los reyes
se vendrán a postrar.

Pero quiso el Destino
que en una mala hora
te saliera al camino
la serpiente del mal.
Y de ella prisionera
sufrirás el tormento,
y tu fama los vientos
volverán a llevar.
Mientras, en la agonía
de una tarde cualquiera
sucumbirás hundida
en un triste hospital.

Urio. (Con sarcasmo, señalando a Julio). La serpiente.

Juli. ¿La serpiente yo? ¿Crees, estúpido, que a mí me pueden molestar tus cosas?

Mano. Sí que es verdad. No merecen la pena.

Juli. (A Manolo). ¿Te casaste?

Mano. Sí.

Urio. ¿Eres diputado?

Mano. Sí.

Urio. Me alegro; es bueno tener un amigo diputado... ¿Por qué no me haces diputado?

Mano. (Riendo). ¡Tú!

Urio. Sí; diputado de la mayoría. ¿No son todos mudos?

Rend. Es un hombre que se burla hasta de su desgracia.

Juli. Un cínico.

Mano. No es más que un vividor.

Rend. Pero gracioso, muy gracioso.

ESCENA OCTAVA

Dichos y Ambarina.

Rend. ¡Oh, gentilísima amiga!

Amba. Señor de Rendón.

Juli. ¿No conoces a éste?

Amba. No recuerdo.

Juli. Un gran admirador tuyo. Urioles, poeta, pintor, abonado a todos los *cabarets* y tugurios, sablista, trasnochador, mala persona, y, por añadidura, mudo de nacimiento. ¡Es una linda pieza!

Amba. Ya, ya. ¡Cuando va contigo! (A Rendón). Mil gracias señor de Rendón por su *corbeille*. Una verdadera preciosidad. ¿Estuvo usted en el teatro?

Rend. Llegué en el momento en que salía usted a cantar la primera canción. ¡Qué gran éxito! ¡Qué despedida tan cariñosa y tan sincera!

Amba. El público de Madrid me quiere—cosa extraña.— Concibo en cierto modo mis triunfos fuera de España, acaso en las mismas provincias. Pero Madrid, que me ha padecido tantos años con aquel triste comienzo mío del *Pachá Bumbún*.

Rend. En arte, como en todo, se vive en principio como se puede. Llegar es lo más difícil. Y usted ha llegado como ninguna. Y si ello no fuera bastante, usted es una mujer excepcional, de una belleza imponderable.

Amba. Que usted pondera.

Juli. Bien; supongo que no hemos venido a pasar la noche en amables discreteos. ¿No está la comida? ¿No vinieron los amigos?

Amba. Está todo dispuesto. Y en el comedor, hace una hora, Jerónimo y Blanquita y María Isabel y el Duque. Están muy distraídos. Blanquita les cuenta no sé qué aventura de su vida. ¡Como tiene tantas...!

Rend. Pues vamos.

Mano. Sí, sí, vamos. Oigan ustedes cómo se ríen dentro.

ESCENA NOVENA

AMBARINA y JULIO.

Juli. (Deteniendo a Ambarina, que se dispone a salir, y en ademán misterioso). Escucha.

Amba. ¿Qué?

Juli. Nos vamos mañana.

Amba. Ya sé, ya sé.

Juli. Rendón quiere hablar contigo. Es algo que te interesa. No arriesgas nada. No te comprometes en nada. Sabes que estoy obligado con él. Me ha prestado tres mil duros. Está dispuesto a un nuevo préstamo...

Amba. Pero no por mi cuenta. Ya no puedo más. Ni a ese ni a nadie.

Juli. Vamos, gatita. No saques las uñas. Te sienta muy mal ese gesto. (Con energía). Oirás a Rendón.

Amba. ¡Canalla!

Juli. (Sonriente). ¡Pero si no te comprometes a nada! Es un galanteador vanidoso, que sabe pagar con mucha esplendidez. Quiere regalarte un collar de brillantes.

Amba. ¡Canalla! ¡Canalla!

Juli. Déjate de floreos y atiende: Rendón hablará contigo; tú le escucharás complaciente. Complaciente, ¿eh? Ya sabes. Te va en ello un poco de tranquilidad.

ESCENA DÉCIMA

DICHOS y RENDÓN.

Rend. (Desde la puerta). ¿Pero no vienen ustedes? Es cosa graciosa. Blanquita y el mudo se han enzarzado a discutir; se están diciendo cosas muy picantes.

Juli. Sí, sí, debe ser muy interesante. (Se va).

ESCENA UNDÉCIMA

AMBARINA y RENDÓN.

Amba. (De espaldas y revolviendo en un cajón de un mueble). Sí, ir vosotros. Antes quiero disponer...

Rend. No; yo no me muevo de aquí hasta que usted vaya. Yo no vine a pasar la velada con aquellos amigos.

Amba. Son todos muy amables.

Rend. Pero no me interesan. No merece la pena perder mi tiempo, un tiempo precioso, que es mucho más interesante al lado de usted.

Amba. ¡Oh! Muchas gracias. ¡Es usted muy amable!

Rend. Un poco más que Julio, pero con menos suerte. ¿Está usted muy enamorada? ¿Le quiere usted mucho?

Amba. Lo necesario para no traicionarle. Es lo menos que se le puede pedir a una mujer enamorada.

Rend. ¡Suerte, suerte de Julio! Con su vida, con su licencia, con su desvío mundano, ¡cómo le envidio!

Amba. ¿Y por qué? Hay muchas mujeres; usted está de moda en Madrid. Ha sabido usted deslumbrar con lo que se deslumbra más..., con el oro de su cartera.

Rend. Me aburren las demás mujeres. No me entienden. Yo no siento la vanidad de una conquista. Ni soy tampoco escandaloso en mis amores. Prefiero uno en silencio. De una sola vez. (Como resolviéndose). Yo he pensado siempre en usted, Margarita. ¡A poco que usted me quisiera!

Amba. No haga usted caso. Son ráfagas del momento. Que le ha sugestionado mi leyenda de artista. Yo soy una mujer más, acaso más vulgar que otras mujeres, porque vivo esclava de mí misma; de mis ensayos, de mis modistos, de mi escenario...

Rend. Sí, sí, muy bien. Por eso en usted el sacrificio—si lo hubiera—no sería doloroso. Una entrevista conmigo, mañana mismo. Antes de almorzar, por ejemplo. Vivo en un hotelito que he tomado en Velázquez. Estoy solo. Soy un caballero que sabe hacer honor con largueza a toda prueba de confianza.

Amba. Posiblemente. Pero ¿y su amigo Julio? ¿Y la consideración de esa amistad?

Rend. Julio no dirá nada. (Recalcando las palabras). Yo sé muy bien que no dirá nada. (Muy meloso). ¡Oh, divina amiga! ¡No vacile usted más...! (Intenta besarla en el cuello y la coge del brazo).

Amba. (Revolviéndose con fuerza). ¿Qué es eso? ¡Suelte usted! ¡De modo que se me ha vendido y usted ha aceptado la compra! ¡Tal para cual! ¡Canallas! ¡Canallas!

Rend. (Suplicando hipócritamente) ¡Margarita! ¡Margarita!

Amba. (Con desprecio). Basta, señor. No admito explicaciones.

ESCENA ÚLTIMA

(Entran todos los personajes, excepto Soledad. Salen todos por el *hall*, riendo como en fiesta. Manolo, al ver la actitud de Ambarina, corre hacia ella).

Mano. ¿Qué te sucede? ¿Qué puede ser esto?

Duqu. ¿Pero aquí no se come?

Jeró. ¿Pero no comemos?

Pamp. ¿A qué esperamos?

Blan. Sí, sí. (Cantando). A la mesa, a la mesa...

Urio. ¿Comemos? ¿Comemos?

Rend. (Reponiéndose). Hay que celebrar esta noche. Noche magnífica. Despedida triunfal de Ambarina. De la mejor artista. De la única artista.

Amba. No puedo más. ¡Canallas! ¡Canallas!

Mano. Ya veo, ya veo. Valor, Margarita. ¿El brazo?

Amba. (Cogiéndole de Manolo). Sí, sí, celebremos esta última noche. Noche de despedida. Ultima noche. Ultima noche.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El jardín en casa de Margarita. En el pueblo de Valdeflores (al lado de Montilla, entre Córdoba y Granada). Un jardín alegre con arrietes andaluces. Rosales, geranios, jazmines y celindas. Todo lo que alegre los ojos y purifique el ambiente.

En el centro al foro, cancela de hierro, con verja corrida a derecha e izquierda. En la verja enredaderas. El fondo campo andaluz.

A la derecha fachada de la casa con puerta practicable y escalinata de jardín. A la izquierda puerta falsa. Se supone que allí está el corral.

Segundo término sendas formadas por arbustos y plantas. Sillas de mimbre y mesita.

Son las seis de la tarde de un día de septiembre.

ESCENA PRIMERA

CAMPANILLA que riega las flores en lateral y canta mientras desaparece. MARGARITA y SOLEDAD luego, que entran mientras hablan.

Camp. (Cantando).

Mala entrañita tiene
la mujer que ve penita
y consolarla no quiere.

(Una pausa).

Marg. (Hablando dentro). ¡Oh, mira, mira, qué precioso! Han salido las rosas a montones y de golpe. Ayer no había ni una en esta rosaleda.

Sole. Eran capullos que han reventado en un día. (Entra).

Marg. (Entrando). Que alegría verlas así, tan hermosas, tan brillantes.

Sole. Son muy bonitas.

Marg. Es una gloria. Me dan ganas de meter mi cara en los rosales y respirar a barbotones.

Sole. ¿Seguimos con las niñerías?

Marg. Y seguiremos. Me siento feliz, alegre, y satisfecha. Es el campo, es esta vida tranquila, es este paraíso olvidado de Valdeflores. Es todo y nada, que me ha hecho otra.

Sole. (A Campanilla). ¿Has acabado?

Camp. ¿De regá? No señora. He acabao er agua.

Marg. Buen día de jazmines el de hoy, Campanilla.

Camp. Jesú, señorita: er de hoy y er de mañana. Mañana de seguro se cojen veinte dosena.

Marg. ¿Y para qué tantos?

Sole. Para venderlos

Marg. Eres una administradora terrible; me vas a dejar sin flores.

Camp. No lo crea, señorita. Pueden cogerla, que salen má y má. Desde que la señorita se ocupa de er, er jasmín es otro. Pué ¿y la celinda? ¡Qué hermosura de celinda!

Marg. Sí es una hermosura.

Camp. ¿Cuándo se ha visto esta casa tan requetebién cuidá como ahora? Y por esas manos que son talmente dó lirios.

Marg. (Sonriendo) ¿De veras no se ha visto tan bien cuidado el jardín nunca?

Camp. Nunca. Hase dos años, ante de llegar la señorita, estaba perdidito er probe. Parecía ma feo que un traje viejo.

Sole. ¿Más feo que un traje viejo?

Camp. Má. Too eran remiendo. Una flore aquí, una patata allí; uno jasmine por un lao y uno melone por otro.

Marg. ¿También melones?

Camp. Grande como mi cabesa. Er inquilino quiso aprovechá y como don Florensio, que aunque es muy mal afisionao, es un santo, pó lo dejó.

Sole. ¿Mal aficionado a qué?

Camp. A lo toro, señorita; a lo toro. Cuando se dise má aficionao o buen aficionao se entiende que es a lo toro. No hay má afición, chipén,

Marg. Ya sé que a ti te gustan.

Camp. ¿A mí? ¿A mí lo toro? ¡Ay, mi mare! ¿Pero si no fuera usté la señorita iba yo a ser jardinero? ¡No, que no, señorita! Yo soy torero. Mataó... Que don Florensio me dijo que le arreglara er jardín cuando se fué aquer agricultó que lo tenía, y como era invierno y yo no soy de invierno—manque arguno lo digo que sí lo soy—pos hice lo que pude. Y como aluego vino la señorita y dijeron que era una santa, pos yo quise quearme al lao de una santa pá vé qué era eso.

Marg. ¿Y ahora?

Camp. Ahora, pos que la santa me ganó y yo me he quedao un mes y otro en este jardín que paece la gloria. Pero me acuerdo de lo toro... Es la afisión que me tira... la afisión... ¡Ay, que gana tengo de ir a dar un capotazo..! Un día, usté, que e tan buena, me vá a dar permiso.

Marg. Cuando quieras.

Sole. Cuando tengas ocasión, lo dices.

Camp. Lo diré, lo diré... Y manque no quiera don Florensio mataré un toro... y luego gorveré a este jardín, a la gloria...

(Se va hacia la casa).

ESCENA SEGUNDA

MARGARITA Y SOLEDAD

Marg. Tiene razón: es la gloria, la gloria: así debe ser la gloria. Tranquilidad, paz, contento. (Se sienta).

Sole. ¿Nada más?

Marg. (Después de suspirar). Sí... Algo más, pero eso sería mucha felicidad para mí, y no la merezco. Con esta basta. (Pausa confidencial). ¿Sabes algo?

Sole. Nada. Hace tres días que no escribe. Como no le contestabas.

Marg. No podía... No puedo. Más vale así.

Sole. Eso no lo sientes.

Marg. Quizá no lo sienta, pero lo digo sinceramente: más vale así. De saberlo aquí. haciendo mala vida, entre mujeres y amigos, olvidando a sus padres y descuidando a sus enfermos y saberlo, allí, sufriendo por mi causa, prefiero esta ignorancia... No saber nada, que no escriba. Si no le he de contestar, ¿para qué?

Sole. ¡Como le amas!

Marg. ¡Calla! Es un amor imposible. Le acaricio en mis sueños porque es dulce y callado, porque es doloroso. Es amor de castidad, sin manchas de deseo; amor sereno y hondo, como ese que inspiran las mujeres honradas. Y en ese amor sin esperanzas se ha de ahogar mi corazón.

Sole. Porque quieres.

Marg. Porque es preciso. ¿Iba a entregarme a él? ¡No! Destruiría mis sueños de paz y esta at-

mósfera de respeto y cariño que me rodea... ¿Casarme? ¡Imposible! No puedo envenenar la vida de Carlos uniéndola a la mía, con su pasado tan triste.

Sole. Que nadie conoce.

Marg. ¿Y sí? No, no, no... Quiero vivir en paz entre estas gentes sencillas que me rodean. Soy la Santa... ¡Santa Margarita! Y si vieras que bien suena en mis oidos ¡Santa Margarita! Lo oí de sus labios la primera vez, en el tren, cuando ven amos huídas buscando este refugio ¿Te acuerdas?

Sole. Si Habló de un parecido con la imagen de la patrona del pueblo. Pero lo creí un piropo de estudiante.

Marg. Era sincero. Yo veía el candor de su alma, su ingenuidad maravillada en sus ojos. Tan verdad era que le faltó tiempo a su alma enamorada para divulgarlo por el pueblo. La forastera se parece a Santa Margarita. Y me miró la gente en la Iglesia, comparándome con la imagen y me empezaron a llamar Santa Margarita los pobres... Santa yo, la pecadora, la diablesa...

Sole. (Pensativa). Tienes razón, si algún día te reconocen...

Marg. ¡Calla!

Sole. Podía ser un forastero; un retrato...

Marg. Si, tengo miedo. El jueves pasado fuí de tiendas con la Condesa... Pedimos postales y vi... Vi unos retratos míos, muchos... Descocados, atrevidos. «La Ambarina», decían y bailoteaban las letras ante mis ojos espantados. Los compré todos, todos, protestando su inmoralidad, y por la noche hice un auto de fe. Y no puedes figurarte mi alegría al quemarlos, al ver como se retorcían las cartulinas, al observar como se convertían en cenizas... Y era yo, yo, la que se abrasaba. Hubiera querido borrar todo mi pasado, destruirlo, como destruía aquella efigie para que nunca, nunca se derrumbase este castillo de mi felicidad.

Sole. Pero no puedes quemar los que hay por ahí, y menos los ojos de los que te han visto...

Marg. No, pero puedo seguir mi vida humilde y quieta. Quiero ser Santa Margarita, y lo seré,

aunque para ello tenga que sacrificar este amor nuevo que me traspasa el corazón como una espada. Este sacrificio será mi martirio de redimida, mi calvario doloroso de Santa.

Sole. Frases, frases. Si estuvieras muy enamorada no hablarías así.

Marg. (Bondadosamente). ¡Qué sabes tú! ¡Qué sabes de mis luchas y de mis dolores! Qué puedes saber de este amor puro...

Sole. Conociéndote.

Marg. No recuerdes amores banales, caprichos de mujer... Esta es una pasión nueva, henchida de bondad, de ternura, de ansias de paz. Como cambió mi modo de vivir ha cambiado mi corazón. Me siento una mujer distinta, buena y honesta, que sería la mujer de Car. los... Pero es imposible, y he de renunciar a este humano y primer amor de mi alma... ¡Qué he de hacer! (En la cancela asoma don Florencio).

ESCENA TERCERA

DICHAS y DON FLORENCIO

Flor. (Muy jovial). ¿Puede entrar el señor cura?

Marg. ¡Ah! ¡Don Florencio!

Sole. Buenas tardes, padre.

Marg. ¿Cómo por aquí a estas horas? (Le besan la mano religiosamente).

Flor. ¡Alabado sea Dios, hijas mías!

Sole. Alabado sea.

Marg. Pero siéntese.

Flor. Sí, hija, sí; voy a sentarme. Este diablo de asma, puede más que yo.

Marg. ¿Necesita usted de mí? (El respira antes de contestar, cabezeando afirmativamente. A Soledad). Anda, prepárale un chocolate.

Flor. No, no...

Marg. Un chocolatito.., Muy claro. Es merienda de Iglesia. Anda, Soledad.

Flor. Bueno. Todo sea por Dios. Tomaré el chocolatito. Pero no me lo hagas claro. Soy español. Y ya conoces el refrán.

Sole. Y conozco el chocolate que le gusta, don Florencio. (Se va a la casa).

Flor. Me alegro, me alegro.

ESCENA CUARTA

MARGARITA y DON FLORENCIO

Flor. (Respirando). Hija, qué felicidad de jardín. Aquí se respira... ¿Estás contenta?

Marg. Me ha dicho que necesitaba usted de mí.

Flor. Sí, sí; pero déjame descansar... Traigo una comisión.

Marg. (Infantil). ¿Buena?

Flor. Buena.

Marg. A ver... a ver... Soy toda oidos.

Flor. Anoche me visitaron, la condesa, la del alcalde, doña Escolástica y Angeles Luque, para pedirme el nombre de la que debía ser Presidenta de la Congregación de Santa Margarita y de la Junta de la «Buena Caridad».

Marg. (Agitada). ¿Y qué nombre dió usted?

Flor. El tuyo, hija...

Marg. ¡Oh, no..! No, señor Vicario.

Flor. ¿Pero por qué?

Marg. Por... por... ¡Pobre de mí! Porque no tengo méritos. Carezco de condiciones... Yo no puedo presidir ese Congregación. Los dos años que llevo en Valdeflores, no me dan derecho...

Flor. ¿Pero qué dices, hija..? Esa explosión de modestia está muy bien: es muy sincera y es una virtud más... pero en esto ya no hay nada que hacer... Estos son cargos obligatorios. Yo he tenido la mala ocurrencia de dar tu nombre, porque me parece el más a propósito, y a ti no te queda más remedio que aceptar...

Marg. ¡Pero don Florencio!

Flor. No hay pero que valga. Vendrán tus compañeras a comunicártelo oficialmente y tú lo aceptarás como una penitencia que yo te impongo... por excesivamente modesta... Y ahora voy por el chocolatito, porque tengo otra diligencia que hacer muy urgente. (Esto último muy confidencial).

Marg. (Como un eco, pero está sola con su pensamiento). ¿Otra..?

Flor. Sí, me ha llamado a toda prisa doña Ramona.

Marg. (Despertándose). ¿La madre de Carlos?

Flor. La madre de Carlos. ¡Bien sabía yo que te interesaba!

Marg. No, no...

Flor. (En broma). ¡No mentirás! (Sonriendo). ¡Y tú disimulas, que en esencia, es mentir..!

Marg. ¿Qué quiere usted decirme?

Flor. Lo que tú estás rabiando por decirme, y no te atreves... Carlitos te conoció el mismo día que vinistes a Valdeflores, hicistéis el viaje juntos desde Córdoba... y durante estos dos años ha procurado tu amistad, te ha rondado, te ha enaltecido...

Marg. Sí, sí; pero yo, yo...

Flor. Tú has evitado su encuentro, le has quitado esperanzas, le has hecho salir del pueblo..

Marg. ¡Oh, no! A eso no le obligué yo.

Flor. Le obligó el amor no correspondido. ¿A que no le has contestado a ninguna de sus cartas?

Marg. (Negando con la cabeza). No...

Flor ¿A que te ha escrito?

Marg. (Afirmando con la cabeza). Sí...

Flor. Y sin embargo, a ti no te es indiferente, no le miras con malos ojos...

Marg. ¡Don Florencio!

Flor. Si, Margarita, sí; a mi experiencia de viejo, no ha pasado inadvertido que en el tiempo que con tanto amor me cuidastéis tú y Carlos, os mirabáis honesta pero ilusionadamente.

Marg. Padre...

Flor. Sé lo que me vas a decir. Que debes respetos a tu pasado. Pero eres muy joven para consagrar tu existencia a un recuerdo. Además tendremos derecho a pensar que eres egoísta: es preciso compartir las amarguras, formar un hogar, vivir... Él te quiere, de esto estoy seguro y también estoy seguro de que es bueno, honesto, estudioso y rico... Acaso tú, hecha a otro ambiente, no encuentres en el muchacho de pueblo... (Se le queda mirando porque Margarita no le oye. Tiene el rostro pálido y los ojos mirando a su interior. Tiembla toda. Hay una pausa en la que lucha Ambarina con Santa Margarita; Ambarina que ve toda su vida pasada. Al fin rompe entre sollozos).

Marg. Sí, sí; yo admiro a Carlos, pienso de él todo lo que ha dicho usted y quizá un poco más; pero también pienso, (Con decaimiento). también pienso, que no soy la mujer que le conviene...

Flor. ¿Qué dices?

Marg. (Animándose). Mi vida está llena de recuerdos de

un pasado que no le puede pertenecer a nadie más que a mí... Y al ser toda de Carlos, en cuerpo y alma, le obligaría a compartir ese pasado. Y yo... yo... (Se detiene).

Flor. Tú harias muy bien en no mirar tanto hacia atrás, en no ser víctima de ese espectro. Ni Carlos ni nadie, tiene derecho a entrar en el sagrado de tu conciencia. Sólo Dios, y Dios sabe como yo, tu bondad y tu virtud. Desecha escrúpulos y deja hablar a tu corazón... El te guiará mejor que yo, que en estos problemas—¡pobre de mí!—no te puedo dar una solución... (En el foro aparecen Ana, Rafaela y Escolástica).

ESCENA QUINTA

DICHOS ANA, RAFAELA y ESCOLÁSTICA.

Ana. (Fuera). ¡Márgara!
Marg. (Volviéndose). ¡Ana!
Rafa. Margarita,
Flor. Y esa es Rafaela. No andará lejos su madre.
Esco. ¡Ah, si está don Florencio!
Flor. No lo dije...
Marg. Tanto bueno por mi casa. (Saludos, besos y abrazos). ¿Qué tal doña Escolástica? ¿Y tú Anita? ¿Y tú Rafaela?
Esco. (A don Florencio). Se ha adelantado usted...
Flor. Por obligación. Comunicación oficiosa. La oficial les corresponde a ustedes.
Esco. De todas formas, mi enhorabuena Margarita.
Ana. ¡Ah, sí! ¡Nuestra enhorabuena!
Rafa. ¡Es verdad! Que sea enhorabuena.
Marg. (Que empezó a dar gracias desde la primera felicitación) Gracias, gracias, muchas gracias... Estoy conmovida, son ustedes muy buenas...
Flor. Y yo estoy hambriento!
Esco. La meriendita ¿eh? hecha por la mano de la Santa.
Marg. ¡Doña Escolástica!
Flor. No, hecha por las manos de Soledad, que no son tan santas pero saben hacer el chocolate.
Esco. Vaya usted, vaya usted, don Florencio.
Marg. Y ustedes tambien. No faltaba más...
Esco. No, no, nosotras no. Venimos de paso nada más.

Flor. ¿Preparan ustedes confesión?

Esco. No... A mi edad ya no hay pecados, don Florencio, y en cuanto a las niñas... ¡Cómo no confiesen que están buscando novio..! (Se sienta.)

Ana. ¡Mamá!

Flor. Verdad, verdad... Y eso ya lo sabemos todos... Hasta ahora. (Se va a la casa.)

ESCENA SEXTA

Dichos menos Don Florencio.

Rafa. Mamá cualquiera que te oiga...

Esco. Creerá que es verdad, hijas, y no se engaña.

Marg. ¡Por Dios, doña Escolástica!

Esco. Si estos niños de Valdeflores parece que se han juramentado para no casarse... Y luego estas niñas, ¡uhy!, no sirven para nada. Hace veinte años sabíamos atraparlos, pero hoy... Y luego dicen que se adelanta... ¡No sé en qué! Por lo menos mis hijas... Aquí tiene usted a Rafaelita, le salió un novio...

Rafa. ¡Qué tormento!

Esco. ¡Déjame hablar! Le salió Pepe Escalera y ella le dió la manía—porque ésta es maniática—, de que el muchacho era de poca estatura, estaba gordo y escribía *haber* sin hache.

Marg. (Riéndose). ¡Jesús!

Rafa. Pues sí, pues sí, lo escribía.

Esco. ¿Pero desde cuándo hace falta la ortografía para casarse?

Rafa. No hará falta la ortografía, pero sí la delicadeza.

Esco. Menos. Un marido delicado es un emplasto.

Ana. ¡Mamá! (Escolástica la mira con ira). ¿Quieres callar?

Esco. Márgara es como de la familia. (A Márgara). ¿A qué no sabe usted quien le hace cocos a Anita?

Ana. ¡Y dale! No le hagas caso Margarita. Son ilusiones de mamá.

Marg. (A ella) ¿Nada más que ilusiones?

Ana. Nada más. Es que mamá cree que don Silverio; el secretario...

Marg. ¿El viudo?

Esco. Es un viudo muy aceptable y muy instruído. Ese no escribe *amar* sin *h*.

Rafa. *Haber*, mamá.

Esco. Es lo mismo. Posee varios idiomas; el portugués, el vascuence y creo que el catalán.

Ana. Mamá, que estás atormentando a Margarita.

Marg. No, no...

Esco. Estas conversaciones de novios le interesan. Ya sé... ya sé...

Rafa. Ahora va a tomarla contigo.

Esco. Pobre Carlitos: tan bueno, tan inteligente y tan enamorado. ¿No sabe usted nada de él?

Marg. Nada.

Esco. Claro. Si usted no alentaba su pasión estando aquí, menos ha de alentarla por carta... En fin peor para él.

Marg. Yo me debo al pasado, doña Escolástica.

Rafa. ¡Cómo debiste amar a tu difunto!

Esco. Como debe amar toda mujer honrada. Yo misma, si me quedara viuda.

Ana. Mamá...

Esco. Que Dios no lo quiera, sabría negarme a toda solicitud de matrimonio. (En este instante ha entrado Angeles Luque por el foro y sonriendo de lo que dice Escolástica avanza).

ESCENA SÉPTIMA

DICHAS y ANGELES.

Ange. (Que ha oído) Se lo creemos, doña Escolástica.

Todas. ¡Ah! ¡Angeles!

Ange. (Saludando). Buenas tardes a todas y a usted, Margarita, mi enhorabuena.

Marg. Muchas gracias Angeles. Yo no merezco tanto...

Ange. Supongo que sabe usted a qué me refiero. Está aquí nuestra amiga Escolástica y ella le habra dicho.

Esco. Sí, me he apresurado a darle la noticia pero ya llegué tarde.

Ange. ¿De veras? (Las dos niñas, Ana y Rafaela se separan un poco y ven los rosales y hablan entre sí).

Marg. Llegó antes don Florencio.

Ange. (Con ironía a Escolástica). ¡Qué lástima! (A Márgara). En fin, Margarita, sabe usted que es nuestra Presidenta.

Marg. Inmerecidamente.

Esco. No, no, no.

Ange. Muy merecidamente lo sabe... (Sentándose). Pero a que no saben ustedes la gran noticia.

Marg. ¡No!

Esco. ¿Qué es?

Ange. ¿No saben nada... nada que haya ocurrido en el pueblo?

Marg. De nuevo, no.

Ange. ¿No?

Esco. (Ne viosa). No, no... mujer, sácanos de esta angustia.

Ange. ¡Ay, que alegría!

Esco. ¡Jesús! ¡Habla!

Ange. Qué... Que Carlos está aquí.

Marg. ¿Eh?

Esco. ¿Carlos? (Llamando). Niñas... Oid, oid...

Ana. ¿Qué mamá?

Rafa. ¿Qué es?

Esco. Que Carlos ha llegado a Valdeflores. Lo acaba de saber Angeles.

Ange. No lo acabo de saber, lo acabo de ver.

Esco. ¿Lo has visto?

Ange. Hace un instante con su primo (A Margarita). Se ha quedado usted muy silenciosa, Márgara.

Marg. No, no ¿por qué?

Esco. La noticia no es para menos.

Marg. No tiene nada de particular. Algún día había de volver.

Ana. ¡Claro! No iba a estarse siempre fuera.

Rafa. Y menos...

Esco. Si eso ya lo había dicho yo. Con lo que Carlos quiere a Márgara...

Marg. Doña Escolástica.

Esco. ¿Pero no lo sabemos todo el pueblo? ¿Por qué se fué a raiz de la enfermedad del Vicario? No sería por carecer de consultas.

Ange. No, lo buscan los enfermos como a su salvador.

Esco. Se fué porque no podía resistir la indiferencia de Márgara.

Ange. No la llame usted Márgara, llámela Santa Margarita.

Marg. Me hace usted enrojecer.

Ange. Ya se acostumbrará.

Esco. Desde el sagrado del púlpito la llamó así don Florencio. (Don Florencio sale de la casa).

ESCENA OCTAVA

DICHAS y DON FLORENCIO.

Flor. (Que ha oído). Y santa merece ser.
Marg. Avergonzada). Don Florencio.
Flor, Santa, sí, porque con sus manos bondadosas llegó a los débiles, a los humildes, a los enfermos, a los desvalidos... Santa, porque su corazón, como una llama, inflamó otros corazones; santa, porque como un ángel enviado por Dios, sembró el bien en este pueblo de Valdeflores. Por sus virtudes, por su modestia, por su bondad, merece ser santa. (Se oye un fuerte rumor en segundo término, donde se supone que está el corral, donde está lo que en los pueblos llaman «La puerta falsa»).

ESCENA NOVENA

DICHOS, VOCES FUERA y LUEGO DOMINICA y SOLEDAD.

Ange. ¿Eh?
Esco. ¿Qué es eso?
Marg. Mis pobres. (Se acerca a la casa llamando). ¡Soledad! ¡Soledad!
Voces. ¡Santa Margarita! ¡Santa Margarita!
Sole. (Saliendo). Voy señorita, voy. Los he oído (Cruza la escena).
Voces. ¡Santa Margarita!
Flor. La voz del pueblo.
Ana. Mira mamá, la Dominica,
Ange. Le da vergüenza (Asoma ésta al lateral).
Marg. ¡Pobrecilla! (Y va hacia ella que al ver a tanta gente ha intentado retroceder)
Flor. Pasa Dominica.
Esco. (Afectada y por Márgara). Es un ángel, un verdadero ángel.
Domi. (Resintiéndose a entrar). Pero cómo voy a dí, zeñorita, si está usté con too er señorito...
Flor. Dominica, no seas testaruda, acércate.
Domi. Me acerco porque usté me lo manda.
Ange. Y nosotras te lo pedimos.
Esco. ¿Cómo van esos achaques?
Domi. Cómo van a dir, zeñorita: miseria y ma miseria. Gracias a la alma buena podemo dí sufriendo. Como usté, como la zeñorita. Bendita sea su gracia. ¿Han visto ustés que entoavía

está más guapa que esta mañana? Permita la Virgen Santísima que nunca sepa lo que es un má sufrí, esa carita de rosa. (Transición). Y perdone usté, zeñorita, perdonen ustés: He venío a interrumpí. Yo no quería má que vé a la zeñorita, como too lo día, desde que me sarvó a mi probe hija; verla pa bendesirla, que lo probe no tenemos má que bendiciones y la bendiciones no las da Dió pá que la demos a cambio de limosna.

Marg. Gracias, Dominica, gracias.

Domi. Que ange, que ange ha mandao Dió a este Valdeflores... Er ange de lo probe... (La besa).

Flor. Anda ya, anda Dominica.

Domi. A usté tambien le bendigo, don Florencio; a usté también que e bueno y santo.,. Y a usté, zeñoritas, que toas son caritativa y tienen piedá pá nosotro...

Marg. (Acariciándola). Todas te lo agradecemos, Dominica, todas...

Domi. A mí no, a mí, no. Yo no soy má que un gusano, un gusano de la tierra... Pero me ha recogío usté, que es como una estrellita der sielo... Una estrellita. (Yendóse) Bendita sea su mano, marecita e lo probe, alegría de este pueblo... Bendita sea... Bendita sea... (Mutis).

ESCENA DÉCIMA

DICHON MENOS DOMINICA.

Flor. Anda, hija mía, cumple con el deber que te has impuesto... Yo voy a cumplir con el mío.

Marg. ¿Se va usted?

Ange. Y nosotras también.

Esco. Ah, sí, sí; es muy tarde. Anda, Rafaela, vámonos.

Flor. Hasta luego, hija mía.

Ange. (Despidiéndose). Ya lo sabe, en casa de la Condesa a las nueve.

Esco. (Idem) Mandaré la tartana con Geromo.

Rafa. (Idem). Y vendré yo, Márgara.

Ana. (Idem). Y yo, y yo...

Esco. Vendrán las dos por ti. Hasta luego. (Margarita ha respondido a las despedidas. Ha besado la mano del Vicario y los rostros de las amigas).

Marg. (En la puerta). Hasta luego.

ESCENA UNDÉCIMA

MÁRGARA un instante, luego CAMPANILLA y por último SOLEDAD. MÁRGARA queda un momento pensativa. Desecha un pensamiento pasándose la mano por la frente diciendo:

Marg. ¡No, no! (Como si completara un pensamiento íntimo se dirige a segundo término donde se supone que están los pobres Hay una pausa, durante la cual empieza a oscurecer lentamente. Se oye la voz de Campanilla a la que contesta una risa de mujer y luego entra aquél moviendo nerviosamente la regadera. Entrará de espaldas).

Camp. Por mí salú, por mí salucita te lo juro, Martina... (Contesta una risa de mujer) Tú eres una *croqueta*; eso, una *croqueta*. (Otra pausa) (Va entrando de espaldas). ¿Que me lavo lo pié? Mejó. Yo me lavo siempre que me da la gana. (Entra dándole con furia a la regadera). ¡Siempre! Y má que tú y mejó... Sí señó... Si señó... (Mirándose; transición). Lo pié y le pierna... Esta mujé me está dando ma baño... Voy á tené que no artená con ella. Por lo menos jasta que no sea mataor de postín... Entonse, cuando yo vaya asín ar toro... (Coge la regadera con la mano izquierda como si fuera la muleta, y adelantando la pierna contraria y el pecho, empieza a torear por naturales). ¡Uh! ¡Uh! ¡Toro..! ¡Uuuuh! ¡Olé..! ¡Uh..! ¡Uh! Toro ¡Uh!

Sole. (Que viene del lateral y se dirige a la casa). ¡Olé!

Camp. (Volviéndose). ¿Me ha visto usté? ¿Me ha visto?

Sole. Si señor, te he visto.

Camp. ¿Tengo estilo?

Sole. ¡Pero hombre, que siempre has de estar con tu locura!

Camp. ¿Locura? Locura ¿ha dicho usted?

Sole. Locura, sí, locura. ¿O es que tú le llamas de otra forma a darle un quiebro a un clavel y un natural a un geráneo?

Camp. ¡Es que no tengo toros! ¡Si los tuviera! Porque aquí hay grasia y mano izquierda... Vea usted este natural ligado con el de pecho... ¡Uh! ¡Uh!

Sole. Déjate de tonterías y vete a la cocina, donde harás falta. En seguida. (Entra ella)

Camp. Voy, voy... Tontería le llama... Como Martina... Pero ésta... que desprecie, que desprecie, que argún día pisará mi pisadilla... Cuando me vea con mi caena de oro y mi piedra de

esas que brillan en un deo, y mi traje y mis carsetines toos los días... Porque yo voy a sé un buen torero y voy a quitá tipos y voy a da ma baño... ¡Má baño..! ¡Ay, mi mare, lo baño que voy a da..! ¡Porque yo voy a dir asín, con la mano izquierda..! ¡Uh! ¡Uh! ¡Uh!

ESCENA DÉCIMASEGUNDA

Dicho y Carlos. (En el momento que incita a un toro imaginario. entra por la cancela Carlos bastante agitado).

Carl. ¡Campanilla! ¡Campanilla!

Camp. (Volviéndose). ¡Mi mare! ¡Er señorito Carlos!

Carl. ¡Calla! No escandalices.

Camp. ¡Usté..! ¡Usté! ¡Si toos lo haciamos en Cadi!

Carl. En Cádiz estaba, pero he llegado hoy mismo.

Camp. ¿A quearse?

Carl. A quedarme.

Camp. ¿Pa siempre?

Carl. Para siempre. (Como si no se treviese a hacer la pregunta). Y... ¿qué novedades hay por aquí?

Camp. ¿Novedades? Hasta que no atoree no hay novedá.

Carl. ¿Sigues con la afición?

Camp. Siempre; yo he nasío pá torero, como usté nasió pá médico. Cá uno nase pá una cosa, aunque la *cosa* le pongan a uno con esta *cosa* (Por la regadera).

Carl. ¿Y por el pueblo que hacen?

Camp. Pos lo de siempre, lo probe trabajá, y el señorío, dir por las tardes a la estasión a ver el tren; por las noches a dar vueltas en el paseo e la Rosa, y los domingos al Casino.

Carl. ¿Y tu señorita?

Camp. También lo de siempre. Beatorio y más beatorio. Por la mañana, por la tarde y por la noche con el beatorio, má que mujé e un terrón de incienso. Y esto no e hablá mal, que güena io es y socorre a toos los probes y la quiere too er mundo. Pero es que al señó Vicario no le gusta er toreo y a mí no me gusta la iglesia. Y estamos en pá... ¡Pero de ella! ¿Sabe usté cómo la llaman? ¡Santa Margarita! Antes era Margarita, luego Márgara, y ahora Santa Margarita. Y es que ha sío mú buena, mú buena. Hase dos meses se puso enferma la hija de la Dominica.

Carl. ¿La hija de la Dominica?

Camp. Sí. La *méndiga*.

Carl. ¡Ah!

Camp. Una enfermeá contagiosa. Nadie la quería ve y fué ella y ¡zás! se metió en su casa, y la cuidó y la curó. Lo mismo que cuando cuidaba al señó Vicario, cuando usté lo zarvó. Tóos disen que no es de este mundo, que es una Santa.

Carl. (Consigo mismo). Sí, es una santa, es del cielo...

Camp. ¿Quiere usted que la llame?

Carl. No, la esperaré, (Se sienta. En este momento viene por el lateral Margarita que se dirige a la casa. Al ver a Campanilla que con su cuerpo cubre a Carlos, lo llama).

ESCENA DÉCIMATERCERA

DICHOS y MARGARITA

Marg. ¡Campanilla!

Carl. (Levantándose) ¡Márgara!

Marg. (Extrañada). ¿Eh? (Y en transición suave se acerca a él afectuosa. mientras Campanilla toreando siempre entra en la casa). ¡Carlos! ¿Usted por aquí? ¡Qué sorpresa...!

Carl. (Al ver que Campanilla ha desaparecido habla muy nervioso). Márgara... perdone usted que yo haya venido a interrumpir su paz, pero yo... yo necesito hablar con usted, decirla de palabra lo que la he escrito mil veces...

Marg. (Con tristeza). ¡Ay, Carlos! ¡Carlos! Todavía con la locura...

Carl. Pero si es mi vida, Márgara, si no podría vivir sin esa locura. Ella me alienta, ella me sostiene, ella me hace soñar imposibles.

Marg. ¿Por qué no vuelve usted a la realidad? ¿Por qué no quiere usted que seamos amigos?

Carl. (Con dolor). ¡Amigos!

Marg. Sí, como antes, como los primeros meses en que nos conocimos. Se lo pido yo... Hágalo usted para que no tenga que arrepentirse de su viaje... Si usted me quiere no habrá venido a hacerme sufrir.

Carl. No, no. He venido porque cuanto miro, y cuanto pienso, es usted; cuanto sueño, usted, y cuanto quiero, usted también. Como una obsesión de mi pensamiento que fuera mi pensar todo; como único reflejo de mis pupi-

las que no supieran mirar otra cosa, la llevo a usted en el cerebro y en los ojos... Y no puedo más, Margarita... ¡Yo enloquezco! He hecho lo posible por olvidarla, se lo juro; todo lo humanamente posible... Escapé de aquí, viví por allá una vida alocada, y... no puedo, no puedo. Vengo a casarme con usted y si usted insiste en no quererme...

Marg. ¡Carlos..!

Carl. ¡No sé! ¡no sé! Es mucho suplicio éste, mucho tormento. Son dos años de vivir sin vida... (Muy humilde). Margarita; ¿es qué no siente usted ningún afecto por aquel humilde estudiante, que un día encontró usted en el tren, camino de este pueblo? Usted venía muy triste y yo, deslumbrado por su belleza doliente, me acordé de Santa Margarita...

Marg. Así me llamo, Santa Margarita.

Carl. Luego, cuando los hombres la miraban con recelo, y las mujeres con envidia por su belleza y por sus elegancias; cuando vivía espiada, acechada, hostilizada por la curiosidad, yo fuí su unico amigo, su lazarillo, el pregonero de sus bondades.

Marg. Sí, sí.

Carl. Yo la amaba, y sin embargo, conforme se le abrían las puertas y los corazones, yo me separaba, me alejaba, para amarla en silencio... Hasta que nos encontramos en la cabecera del lecho de don Florencio, enfermo... Y usted se mostró fría, cruel conmigo, como luego, como ahora...

Marg. No, no, eso no, Carlos... eso, no. Perdóneme usted; yo no quiero hablar; yo no puedo hablar... No me atormente. ¡No ve usted que yo también sufro!

Carl. Sí, veo que hasta mi presencia le molesta...

Marg. (En un grito). ¡Carlos..!

Carl. (Con dolor). Que el humilde estudiante del pueblo no es digno de usted.

Marg. (Desesperada). ¡No! ¡No diga usted eso!

Carl. Lo sé, y sé también mi deber...

Marg. ¡Oh, Dios mío..! (Lucha con ella misma).

Carl. Con la vida rota, destrozada, sin objeto...

Marg. (En una suprema agonía). ¿Pero no ve, no ve que me desgarra el corazón? ¿No ve que yo también siento..? ¿Cree usted que yo no sé amar?

Carl. (En un deslumbramiento). ¡Margarita!

Marg. (Imponiendo silencio). ¡Chits..! Ya ha oído usted bastante... Ahora váyase...

Carl. (Retirándose y mirándola intensamente, más que habla susurra). Volveré...

Marg. Mañana... Necesito estar sola; con mi pensamiento, con mi corazón... ¡Váyase! ¡Váyase! (Él se va retirando lentamente hasta desaparecer. Entonces ella hunde la cabeza entre las manos). ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Solloza).

ESCENA DÉCIMACUARTA

MARGARITA y SOLEDAD

Sole. (Sale de la casaa: cercándose) Pero nena ¿por qué lloras? Has dicho lo que sentías... No me riñas... Lo he escuchado todo... Sí le amas...

Marg. Le amo, sí, le amo y no puedo salir al encuentro de esa ventura. Toda mi vida es un abismo que me separa de él.

Sole. Nadie conoce tu vida.

Marg. La conozco yo.

Sole. Olvida el pasado.

Marg. No puedo. Es un fantasma maldito que se interpone entre nosotros. Si lo oculto, un día, cuando la mentira y el engaño estén consumados, vendrá la fatalidad a descubrirlo; y entonces caerá sobre mí el odio, el asco, la infamia.

Sole. Confiésalo.

Marg. Me expongo a su desprecio que me mataría.

Sole. Si te ama, sabrá perdonarte.

Marg. ¿Lo crees tú? ¿Lo crees?

Sole. ¿Lo perdonarías tú?

Marg. ¡Ah! ¡Si fuera él el culpable, toda la crueldad de la vida no acertaría a inventar un pecado que yo no me atreviese a perdonar en nombre de este amor! Pero es distinto. La pecadora fuí yo y acaso él no sepa comprender mi sacrificio.

Sole. Entonces si no tienes confianza...

Marg. No... Callar más, no... Se lo confesaré todo, desnudaré mi alma y acaso en la cruz de sus brazos yo quede purificada... ¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad, Dios mío la de este primer amor..! (Queda con el rostro en alto, con los ojos en el cielo como si soñara. Soledad la mira con cariño y se va a la casa. Hay una pausa. Y por la puerta falsa que dejaron abierta aparece Julio).

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA y JULIO.

Juli. (Acercándose sonriendo). ¡Muy romántico...!

Marg. (Horrorizada). ¡Oh! ¿Quién? ¡Tú...!

Juli. Yo, sí... Tu Julio... No me esperabas ¿verdad? No temas... Vengo en son de paz. Escúchame... Estás guapa, mujer, muy guapa... Te ha sentado muy bien la vida del pueblo.

Marg. (Que se ha ido acercando. Imperativamente). ¡Vete! ¡Vete de aquí!

Juli. Calma... No te asustes. Quiero que hablemos.

Marg. (Con repugnancia). ¡No!

Juli. Y hablaremos (Se sienta cerca). ¿Por qué huiste de mí? Dáme la cara, mírame a los ojos. (Cogiéndola de los brazos). ¿Por qué huíste?

Marg. ¡Suéltame...! No me toques... Te abandoné porque me dabas asco; porque no supiste comprender ni purificar mi alma, porque fuíste uno más a enlodarme.

Juli. (Irónico). Muy bonito... Veo que estos dos años te han hecho una reverendísima cursi. Son los aires del pueblo. Posiblemente hasta te han hecho olvidar como te encontré yo... Hecha un harapo, envuelta en la miseria.

Marg. (Aturdida). ¡Calla, calla...!

Juli. No me callo. Quiero que sepas que todo lo bueno de tu vida, hasta vivir aquí espléndidamente, me lo debes a mí. ¡A mí solo!

Marg. Sí, sí... quizá sea verdad... Tienes razón... (Con amargura). Pero pudiste redimirme.

Juli. ¿Para quién?

Marg. Para ti...

Juli. (Riéndose). Vamos, sí... quieres decir que yo debí hacerte mi mujer. Yo mismo me hubiera reído de mí, al verme sin dos pesetas y casado con una cualquiera que a los quince años ya había rodado por todo Madrid.

Marg. (Mordiendo las silabas). ¡Canalla!

Juli. Te perdono; estás loca... La poesía de este pueblo, tu amistad con el Vicario y tus ridículos amores platónicos con el mediquín, te han trastornado...

Marg. ¡Qué infame!

Juli. (Sin hacer caso). Ya ves que estoy al cabo de la calle. He averiguado tu paradero y conozco tu vida ejemplar... Eres la viuda de un mili-

tar; te has hecho querer, te llaman Santa Margarita—¡mira que santa tú!—; el médico está locamente enamorado y tú cultivas la virtud... ¡Precioso...!

Marg. Me han vendido...

Juli. No; lo averigüé yo... Un día visité a Manolo Fresneda... Mientras le esperaba en su despacho, la casualidad puso en mis ojos unas cuartillas en donde estaban anotadas tus señas. Yo he llegado esta mañana en el correo. Vamos, mujer; dime ¿por qué me abandonaste?

Marg. Ya te lo he dicho: por asco.

Juli. No: di mejor que por tu ridículo romanticismo. Una noche, la noche del cubano Rendón, en un ataque de histerismo decidiste dejarme para siempre y esconder tu vida licenciosa...

Marg. (En un grito) ¡Julio!

Juli. Tu vida beatífica, si quieres—el adjetivo no tiene importancia—. Decidiste esconder tu pasado en este rincón... (Transición). Mi compañía te asqueaba. Sentías por mí repugnancia, odio... Un odio salvaje. Yo era... algo despreciable... ¿No es esto?

Marg. Sí.

Juli. ¡Márgara!

Marg. Es verdad.

Juli. (Irónico). Sí, lo era... Era algo despreciable porque después de haber consumido mi fortuna paseándote como una reina por el mundo, viví unos meses a tu costa... Sí, lo era, porque por ti desaproveché la ocasión de una buena boda y hasta rompí con mi familia.

Marg. (Suplicante.) Perdóname Julio... Te pido por Dios que me perdones, y que no salgas a mi camino. Húyeme... Déjame y olvida.

Juli. Eso no.

Marg. ¿Pues qué quieres? ¿Qué pretendes? ¿Dinero?

Juli. No... Quiero que nos marchemos juntos.

Marg. (Enloquecida). No... Eso no... Nunca.

Juli. Quiero que vengas y vendrás.

Marg. ¡Nunca! ¡Nunca!

Juli. (Con siniestra firmeza). Vendrás. Me haces falta (Otro tono). Te quiero todavía... (Intenta agarrarle las manos).

Marg. ¡Aparta! Aparta te digo o grito.

Juli. Bien está... Pero oye. He arreglado mi vida, vida de príncipe. Soy consocio del *Palais de*

Glase, el mejor cabaret de Madrid... Un cabaret espléndido. Tú, con toda tu aureola de desaparecida, trabajarás allí... Irá todo Madrid a verte, pondrás de moda mi negocio...

Marg. (Con oído reconcentrado). ¡Qué cínico eres No pensé que llegasen hasta ahí tus planes tenebrosos.

Juli. Tenebrosos, posiblemente, pero de un resultado admirable... (Invitándola) Vamos...

Marg. No, no iré... Antes que eso, mátame

Juli. (Con aparente indiferencia). Bueno... Bien... Como no es cosa de que te lleve amarrada, desisto...

Marg. (Sin comprender bien y siguiendo con ansiedad sus palabras temiendo algo) ¿Eh?

Juli. Te dejaré tranquila... Pero claro, tú no podrás evitar que yo permanezca un día más en Valdeflores,.. No lo dedicaré mal. Haré unas visitas: al Vicario, a la Condesa, al alcalde y hasta a el mediquín.

Marg. (Como un alarido, comprendiendo). ¿Y qué?

Juli. Nada, mujer; no te descompongas. No haré más que decir la verdad de tu vida. Les diré que reconozcan en Santa Margarita a la célebre Ambarina...

Marg. ¡Ah! ¿Pero serás capaz de tanta infamia?

Juli. ¿Quieres el escándalo? Pues venga el escándalo...

Marg. (Cae sobre la mesa donde solloza. Entre sollozos habla) ¡Quieres que me escarnezcan, que me desprecien y que me vejen, todos los que me han querido...

Juli. Tú decidirás...

Marg. (Levanta la cabeza y habla después de una pausa y en un suspiro con infinita amargura). Te seguiré... Volveré a ser Ambarina... Lo que tú quieras. Una serie de fatalidades me liga a ti... Dios que nos mira, sabe bien de mi martirio y de mi sacrificio, (Llora).

Juli. (Más amable). ¿Ves cómo yo sabía que al fin ibas a ser buena conmigo.,.?

Marg. (Imperativa) Ahora faltan mis condiciones.

Juli. Las que tú quieras.

Marg. Abandonarás esta misma noche Valdeflores en el expreso de la una...

Juli. Conforme.

Marg. Nadie en absoluto, nadie, ni aquí ni en Madrid, sabrá que tú me has visitado ni dónde estuve yo durante estos dos años...

Juli. Perfectamente.

Marg. Mañana de madrugada saldré yo de aquí sin que nadie me vea.

Juli. Me parece bien.

Marg. Tú esperarás en Córdoba la llegada del tren, y juntos seguiremos hasta Madrid.

Juli. Bueno.

Marg. Pero no contarás con dinero mío, porque yo saldré de este pueblo sin un céntimo ¿Entiendes?

Juli. Pero...

Marg. Si lo quieres así bien, y si no ves a contarles que soy Ambarina.

Juli. Lo quiero así. Te necesito a ti.

Marg. A mí, me tendrás... Ahora, márchate... Vete... y que nadie te vea...

Juli. Espero que no faltarás... ¿Oyes...? ¡No faltarás...!

Marg. (Rechazándole con repugnancia). ¡Vete..! ¡No faltaré...! ¡No faltaré..! (Al verlo desaparecer) Oh, Dios mío... ¡No tengo redención! ¡Otra vez hacia el abismo..! ¡Hacia el abismo..!

TELÓN

ACTO TERCERO

Un salón en casa de Ambarina. Se nota que se ha convertido circunstancialmente en comedor. Mucha elegancia, muebles modernos.

Dos puertas al foro, una a la derecha y otra a izquierda y una en lateral derecha primer termino. Es de noche. Ambarina y sus amigos están de juerga.

Al levantarse el telón Soledad en escena, arreglando la mesa. Tiene a un lado una bandeja grande con platos y cubiertos. Limpia el mantel con un cepillo y una recogedera de plata, y luego coloca bien botellas y copas. Lejos se oye barullo y risas. Por lateral derecha asoma tímidamente su cabeza Blanca.

ESCENA PRIMERA

BLANCA Y SOLEDAD.

Blan. ¿Estás sola?

Sole. Sí. Toman el café en el saloncillo.

Blan. ¿No vendrán?

Sole. Por ahora no. Están bailando.

Blan. Los oigo. (Va al foro izquierda y se pone a escuchar). Oigo la voz de Rodrigo y la de Carmen y la del cubano Rendón. (Desde la puerta). ¿Sigue el cubano haciendo el amor a Ambarina?

Sole. Desde que hemos vuelto no la deja ni a sol ni a sombra.

Blan. ¿Y Julio?

Sole. Julio le hace el amor a Palmira, la novia de Rendón.

Blan. Que atajo de sinvergüenzas están hechos. Posiblemente ninguno de los dos se sentirá ofendido.

Sole. Acaso se alegran. Es una manera de quitarse estorbos.

Blan. La culpa la tenemos nosotras que nos prestamos al juego. Seguramente Ambarina da cara al cubano para vengarse de Julio y Palmira a Julio para vengarse de Rendón. Y mientras tanto, ellos se ríen. ¡Sí, son unos vivos! Pero cuando los conocemos es tarde.

Sole. ¿Se va usted a quedar aquí?

Blan. (Mira alrededor y suspira) No; me iré a la cocina contigo. He pasado sólo por curiosidad.

Sole. Me ha dicho usted que le gustaba esto.

Blan. Y no te he mentido. Es como un vicio que fuera más fuerte que una misma. Una juerga me atrae, me seduce, me absorbe.

Sole. Se divierten ustedes.

Blan. No es porque se beba, se coma y se baile, no; es... por algo que yo no sabría explicar. Acaso por que he vivido en ellas y sigo viviendo de ellas. (Triste). Digo que sigo viviendo y no es verdad. Ya no vivo de ellas. Desde hace dos años no he ido a una. Y las recuerdo con tanta ilusión, que hoy, cuando supe que cenaban aquí todos mis amigos, no pudiendo soportar la idea de que yo no era de la partida, ya ves lo que he hecho. Venir a pedirte que me dieras de cenar y que me tuvieras en la cocina. Así me hacía la ilusión de que estaba cerca de ellos.

Sole. Bien poco es.

Blan. Menos era estar lejos.

Sole. Margarita se hubiera alegrado de verla.

Blan. Y yo también. Hace dos años que no sé de ella. Desde que se fué. Y me dió un vuelco el corazón cuando leí su début... Pero me resistí...

(En este momento por el foro izquierda entra Margarita que al verla se acerca muy extrañada).

ESCENA SEGUNDA

DICHAS y MARGARITA

Blarg. ¡Pero, chica, Blanca! ¡Qué alegría! (Se abrazan).

Man. Ya me has cogido... Era inevitable. (Soledad se ríe).

Marg. ¿De qué te ríes?

Sole. De nada.

Marg. Anda a ver qué quieren aquellos. (Se va Soledad por el foro izquierda).

Blan. Se ríe de mí. Le estaba diciendo que quería verte, pero no hoy. ¡Qué ganas tenía de abrazarte...! Estás igual que estabas. Déjame que te mire. Estás muy guapa.

Marg. Se hace lo que se puede. ¿Y tú?

Blan. Ya lo ves. Una sombra; menos. Yo ya no soy nada.

Marg. Te conservas bien. ¿Cuándo has venido?

Blan. (Asombrada). ¿De dónde?

Marg. De tu viaje.

Blan. Ah, ¿pero has creído lo del viaje?

Marg. ¿Pero no era verdad?

Blan. No.

Marg. (Riendo). ¡Y yo que me lo había creído...! Pero y ese embajador yanqui, y esos millones, y ese vivir fastuoso...

Blan. Tan verdad como el viaje. Mira mi vivir fastuoso. (Enseñando el traje y las manos). Soy una ruina, una verdadera ruina, chica. Fué todo una mentira que yo lancé por ahí para ocultar la verdad; mentira que no creyó nadie, pero tuvieron la piedad de fingir que creían. (Soledad entra por el foro izquierda, atraviesa la escena, yéndose por lateral derecha).

Marg. ¿Y qué verdad era esa que ocultabas?

Blan. ¿Tampoco lo sabes? Pues sí que estás lejos del mundo! ¿No te han dicho nada?

Marg. Nada.

Blan. Me extraña. Nunca faltan lenguas que muerden y corazones que se alegran de la desgracia ajena.

Marg. ¡Ah! ¿Lo de Chávarri?

Blan. ¿Ves, ves cómo lo sabías? Si lo sabe todo Madrid y todas las provincias...

Marg. Me han contado que se «largó», dejándote al fresco, pero que en seguida buscaste un embajador yanqui que te llevó a recorrer el mundo.

Blan. Pues no es verdad más que la primera parte; la de aquel «fresco» que me dejó con lo de encima; la segunda parte la inventé yo para que no se rieran de mí, y hasta para que me tuvieran envidia.

Marg. ¡Qué grande eres, chica!

Blan. Me daba rabia que a la burla de aquél se añadiese la de éstos. ¿Qué quieres? Todavía tengo un poco de amor propio.

Marg. ¿Y dónde has vivido?

Blan. En mi casa.

Marg. ¿Dos años? ¡No te conozco!

Blan. Porque no me vieran esos.

Marg. Pero tú, ¿has vivido alguna vez sin esos?

Blan. Nunca; ya lo sabes. Yo no tengo más vida que esta, ni sé tenerla, que es lo más triste; pero la burla, no, no y no... De mí no se reirán. El que supo la verdad fué Manolo, que me ha ayudado.

Marg. Es el único decente.

Blan. ¿Está con vosotros?

Marg. No. Le invité, pero seguramente no ha querido venir. Acaso me desprecia un poco también a mí.

Blan. ¿A ti? ¡Quita allá! Te quiere. Por él supe tu huída. ¡Me alegré más... Si vieras! Al fin plantabas a Julio. Pero tú le querías a tu pesar. Has vuelto con él. Nunca sabemos lo que llevamos dentro. ¿Cómo se porta ahora?

Marg. Como antes; pero no hablemos de mí, que no tiene importancia. ¿Por qué no has venido a cenar?

Blan. Ya lo sabes, porque estoy de viaje con ese embajador.

Marg. ¿Pero no has vuelto todavía?

Blan. Oficialmente, no. Estoy muy mal presentada para hacer el regreso. Pero al saber que estabais reunidos todos me entró un cosquilleo que, a mi pesar, me arrastró aquí. He cenado en la cocina con Soledad.

Marg. ¿Y si te encuentran?

Blan. (Disponiéndose a salir). ¡Ah, no, a mí no me cazan!

Marg. Chica, no te precipites. (Se ríen). ¿De veras no quieres quedarte con nosotros?

Blan. Querer, sí; yo no puedo vivir sin esto, ya te lo he dicho; pero no me quedo.

Marg. ¿Por la historia de Chávarri?

Blan. Sí.

Marg. Y a ti, ¿qué te importa una historia más? Tú y yo tenemos muchas. Las necesitamos, de la misma manera que necesitamos las juergas para olvidar. Las historias son nuestra vida. ¿Quieres que nos emborrachemos las dos?

Blan. Ya está. Sirve vino.

Marg. ¡Por todos los Chávarris!

Blan. ¡Por nuestras historias! (Soledad sale de lateral derecha llevando unas botellas).

Marg. ¿Qué llevas?

Sole. Coñacq, señorita.

Marg. (Sirviendo). Bebe, Blanca. (A Soledad). ¿Qué hacen?

Sole. Están bailando. (A Margarita). No debias beber tanto.

Marg. (A Soledad). Anda, chica, déjame.

Blan. ¿Me das un cigarrillo?

Marg. (Señala una mesita). Allí los tienes.

Sole. (A Margarita). Estás enferma.

Marg. ¿Pero quieres dejarme? (Soledad sin contestar se va por el foro izquierda).

Blan. (Ofreciéndola un cigarrillo). ¿Quieres tú?

Marg. Sí. (Se sientan y encienden. Pausa).

Blan. No me has dicho todavía donde estuviste estos dos años.

Marg. En un pueblo descansando.

Blan. ¡Se dijo cada burrada! Que te habías metido monja, que te habías ido a América, que te habías casado, Estos periodistas son el demonio. Hicieron más novelones que Pérez Escrich. (Bebiendo). ¿Te fué a buscar él?

Marg. Sí.

Blan. Claro, si no podía por menos. Son muchos años para que se puedan olvidar en un momento. (Se acerca al foro donde escucha. Se oye barullo. Entra Soledad para irse por lateral derecha). Qué envidia tengo. De buena gana me iba con ellos

Marg. Vete.

Blan. (Acercándose a ella). No. (Se acerca a la mesa, donde sirve vino en el momento que por el foro izquierda entra Rodrigo).

ESCENA TERCERA

DICHAS y RODRIGO.

Rodri. (Desde el foro). ¿Qué va a ser esto Margarita? Vas allí o... (Ve a Blanca que se ha quedado helada).

Marg. Te pescaron. (Blanca se domina).

Rodri. Caramba, Blanquita. ¿Ya de vuelta?

Blan. (Con sequedad). Ya lo ves.

Rodri. Si te molesta lo de Blanquita, dímelo, porque te llamaré señora embajadora...

Blan. No me hace falta.

Rodri. ¿Y el embajador, qué tal sigue?

Blan. ¿Te importa mucho?

Rodri. Interés de amigos. Hemos estado verdaderamente inquietos. ¡Un viaje tan largo! Figúra-

te, Margarita; dos años y con un yanke. ¡Con lo extravagantes que son!

Marg. Pero *esos* yankes son buenos.

Rodri. Muy buenos, y generosos. Ya te veo bien arreglada y compuesta. Se conoce que has aprovechado el tiempo.

Blan. (Agresiva). He hecho lo que me ha dado la real gana, ¿sabes? Y no tengo por qué darte explicaciones. A mí frasecitas irónicas no, ¡no! porque no te las tolero. (Entra por el foro izquierda Rendón).

ESCENA CUARTA

DICHOS y RENDÓN.

Rend. ¡Muy bien! Así me gusta a mí.

Blan. (Que se ha vuelto agresiva creyéndose encontrar con otro enemigo). ¡Ah! ¿Eres tú?

Rend. Tengo un verdadero placer en saludarla.

Blan. En saludarme bien; pero nada más que en saludarme. Se te corresponde.

Rend. ¿Qué le pasa?

Marg. Que don Rodrigo le recuerda algo desagradable.

Rend. ¿Lo de Chávarri?

Marg. ¡No me lo recuerde! ¡No me lo recuerde por lo que más quiera! (Margarita y Rodrigo se ríen).

Rend. Otro negocio que te salió mal.

Marg. Le salen mal todos, porque hay muchos granujas.

Rodri. Veinte mil pesetas, no...

Blan. Te digo que no me lo recuerdes.

Marg. No tiene importancia.

Blan. ¿Que no tiene importancia? ¿Que no tiene importancia irse con veinte mil pesetas mías, dejándome al fresco? ¿Que no tiene importancia engañarme para sacármelas y darme luego esquinazo?

Rend. ¡Eso se llamará en España el timo del novio!

Blan. Eso se llama en todas partes no tener vergüenza.

Rodri. Pero vamos a ver, vamos a ver... ¿Eran tuyas las veinte mil pesetas?

Blan. Sí señor, mías, mías...

Rodri. Pues a mí me dijeron que dos mil duros eran de Ambarina.

Blan. Si, me los dió; ¿y qué? ¿Dejarían por eso de

ser míos? ¿Dejaría yo de entregárselos a ese granuja?

Rodri. ¡Qué vas a dejar! Si hubieras dejado de dárselos no te verías sin ellos.

Blan. El muy canalla.

Rodri. Bien que te engañó, bien. Te hizo morder el anzuelo. La combinación de la ruleta—una combinación infalible—; su buena figura —porque a ti te gustaba Chávarri, no lo niegues—, y el proyecto de un viaje por la costa azul desbancando casinos... ¡Ja, ja, ja... Y ya van dos: la del maitre d'hotel y la de Chávarri.

Blan. Y a ti, ¿cuántas van?

Rodri. Ninguna, ninguna. Yo no me dejo engañar.

Rend. A todos nos engañan alguna vez.

(Entran por el foro izquierda Palmira y Julio. Detrás La Pamplonesa, Palmira es una joven de diez y siete años, con cuerpo de efebo y cara de golfo pícaro. Cree que da celos a la gran artista y se complace en ello, poniendo cuanto está de su parte para que la noten. Julio y Palmira se sientan al otro lado del escenario)

ESCENA QUINTA

DICHOS. PAMPLONESA, PALMIRA y JULIO.

Juli. Podíais haber dicho que la reunión se trasladaba aquí.

Pamp. A mí me es igual.

Palm. Hemos tenido un lleno.

Rodri. Me extraña que no saludéis a Blanquita, que ha tenido la atención de ofrecernos la primera visita.

Blan. No merece la pena. Ya he saludado a los verdaderos amigos.

Juli. A mí, no.

Blan. Ni tú a mí. Estamos en paz.

Rend. No seréis verdaderos amigos.

Palm. Ni les hará mucha falta.

Blan. A mí, ninguna.

Rodri. Julio no se trata con embajadoras.

Blan. Eso queda para ti, que eres aristócrata.

(Julio ha saludado a Blanca, y cuando ésta se va, se acerca Palmira).

Pamp. (A Margarita). Vamos, mujer, no te entristezcas.

Marg. No me entristezco; palabra.

Pamp. Pues, ¡arsa!, una copita.
Marg. Venga.
Blan. Yo también me llamo a la parte. (Toma una copa y bebe).
Rodri. Y nosotros.
Marg. Una copa, Rendón.
Rend. Con mil amores. (Volviéndose a Julio). ¿Usted no bebe, Julio?
Pamp. Ese tiene batante con la pareja.
Rodri. Te han dicho que si no bebes.
Juli. Sí. (Se levanta y se dirije a la mesa, donde toma dos copas).
Palm. Y yo también, es decir, si hay vino para mí.
Juli. Bebemos los dos, (Entrega una copa a Palmira).
Blan. (A Margarita, al mismo tiempo que sigue con la vista a Julio). ¿Monos?
Pamp. (Irónica por Palmira). No, mona. (Blanca, no muy satisfecha por la contestación, va al lado de Rodrigo. La Pamplonesa saca de su bolso una pitillera y de ella dos cigarros turcos. A Margarita). Toma, chica, fuma. La vida es humo. Rendón les ofrece su habano a las dos para que enciendan).
Rend. ¿Está usted celosa, Márgara?
Marg. (Con un gesto de desprecio). Yo, no. Si acaso el que debe estarlo es usted, que, como se descuide. su amigo Julio le va a quitar la novia.
Rend. (Sonriente). ¿Cree usted?
Pamp. Está a la vista.
Rend. Me alegraría mucho.
Rodri. (Que se acerca). Yo también, para que no presumiera usted tanto.
Rend. Amigo Rodrigo: para comprender esta indiferencia mía hay que estar muy dentro de mí.
Blan. (Que se acerca al grupo) Pero, ¿qué estáis hablando que yo no entiendo una palabra? (A Julio y Palmira). Y vosotros, ¿qué hacéis ahí? Aquí estáis todos locos, o yo muy borracha.
Rodri. Lo último, lo último.
Marg. Y también un poco de lo primero.
Palm. (A Julio). No te muevas; estamos bien aquí.
Blan. Anda, tú, bebe. Que no sea yo la única.
Marg. Beberé, pero yo quiero champán. Anda, Pamplonesa, di a Soledad que quiero champán. (Váse Pamplonesa por lateral derecha).

ESCENA SEXTA

DICHOS, menos PAMPLONESA

Blan. Tú eres la Ambarina, y se ha de conocer a la Ambarina. Yo también, antes, cuando era Blanquita... (a Rodrigo), Blanquita, sí, ¿de qué te ríes tú? He lucido perlas, he tenido diamantes y he viajado con embajadores.

Rodri. Ya lo sabemos.

Blan. Yo, yo, si yo... (Con desenfado chulesco). ¿Quién llama? (Forma grupo con Rodrigo y Rendón, que se han acercado a Palmira. Julio, mientras hablaba Blanca, ha dejado su sitio, y, disimuladamente, se ha acercado a Margarita).

Juli. Te estás poniendo insoportable. (Toda la conversación de los dos es agresiva, pero velada, en tono bajo).

Marg. (Mirándole despectiva). Tú no tienes por qué ocuparte de mí.

Juli. Ni quiero.

Marg. Me pasa exactamente lo mismo.

Juli. Pues no hagas tonterías.

Marg. ¿Yo? ¿No serás tú el que las estás haciendo? Mírate bien, que acaso te conozcas.

Juli. A la que conozco es a ti. Tratas de ponerme en evidencia con tus celos ridículos.

Marg. ¿Celos? ¡Delicioso! (Se ríe). En evidencia te pones tú, hombre. Pero no te preocupe: a mí no me importas, en absoluto, y a Rendón no le interesa Palmira.

Juli. Le interesas tú.

Marg. Desde hace mucho tiempo. Tú mismo me lo digiste.

Juli. Pues quédate con él.

Marg. Consejos, no; eres malo para consejero. Haré lo que me plazca.

Juli. Siempre que me dejes en paz.

Marg. Por dejado, confía; para siempre. Hemos cumplido nuestro contrato. Me trajiste de Valdeflores para que te acreditara el *Palais*, y ya es el teatro de moda; quisiste que fuese otra vez Ambarina, y ya soy Ambarina. Y la Ambarina ni puede tener celos de Palmira, ni puede quererte a ti.

Palm. (Impaciente). ¡Qué larga es la conversación!

Blan. (Irónica) Están parlamentando.
Juli. (A Margarita). Estás borracha.
Marg. No lo bastante para no saber quien eres. De modo que sigue tu camino sin acordarte de mí, que yo sigo el mío procurando olvidar muchas cosas.
Juli. (Yéndose). Falta te hace.
Marg. A todos nos hace falta olvidar. (Mientras Julio se acerca a Palmira entran por derecha la Pamplonesa y Soledad con botellas de champán dentro de los cubos de metal).

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS, PAMPLONESA y SOLEDAD. Soledad se marcha por el foro derecha apenas sirve el champán.

Palm. (A Julio) Pues sí que tenías tú que decirle cosas.
Rend. Ya está aquí el champán.
Palm. Acaba ya... A mí, papeles no...
Pamp. ¿Quién descorcha?
Rodri. Yo mismo.
Blan. Quiero una copa.
Rodri. ¡No! Que ya la tienes que la pisas.
Blan. ¿Y a ti qué? Vamos a ver, ¿qué? (Descorchan. Preferible con ruido, aunque sea imitado).
Marg. (A Blanca, ofreciéndole). No le hagas caso; bebe. Tú y yo no hacemos caso a nadie. Somos un mundo aparte.
Rend. ¿Ni a mí?
Marg. (Tuteándole). ¿A ti? ¡Qué más da!
Blan. (Tambaleándose se acerca a él) ¿Y tú quién eres? ¿Quién eres tú? (Se cae, mejor que se sienta, en un sillón).
Rodri. (A la Blanca). ¡Cómo estás!
Blan. Mejor que tú. Dame un cigarro.
Rend. (A Julio y Palmira que discutiendo se van). ¿Ustedes no beben?
Palm. (Despectiva). Yo no.
Juli. Prefiero el coñacg y voy a buscarlo. (Salen por la puerta del foro izquierda).

ESCENA OCTAVA

DICHOS, menos PALMIRA y JULIO.

Pamp. (Mirando a Julio y Palmira). Se ha enfadado la niña. Y él está empalagoso. No cesa de hablarla.

Rend. La está convenciendo.

Marg. Y si no le basta con convencerla que se la coma, o que los entierren juntos.

Rend. ¿De verdad no le importa a usted nada?

Marg. Nada.

Rend. ¿Es usted capaz de bailar conmigo?

Marg. (Con rasgo chulón) ¡A las tres! (Se agarra de su brazo y se van por el foro izquierda).

Pamp. (A Blanca). ¿Te quedas tú?

Rodri. ¡Si no puede moverse!

Blan. (Levantándose) ¿Quien lo ha dicho? (Se levanta y se deja caer nuevamente).

Pamp. La has cogido, chica.

Rodri. Es de manzanilla.

Blan. O de champán, pelmazos. (Medio echándose). ¿Y qué? Para eso se bebe; para emborracharse.

Pamp. Pues a dormirla, hija.

Rodri. Buen provecho. (Se ríen y se van po el foro izquierda)

ESCENA NOVENA

BLANCA y en seguida SOLEDAD y MANOLO.

Blan. ¿Pero es que me vais a dejar sola? (Intenta levantarse). Oye, aristócrata... (Se incorpora tambaleándose). Pues la he cogido... (Se ríe). Estoy como un tablón... (Y con una copa que alcanza vuelve a caerse en el sofá).

Sole. (Dentro). Por aquí, señorito.

Mano. Conozco la casa; no te molestes. (Entra por el foro derecha). ¿Dónde está la gente?

Sole. En el saloncillo. Margarita le estuvo esperando a cenar.

Mano. No pude venir; y ahora un momento, aprovechando la salida del teatro.

Blan. (Que ha hechos esfuerzos para incorporarse y al fin lo logra, agarrándose al respaldo del sofá). Manolo...

Mano. ¿Qué haces tú aquí?

Blan. Estoy borracha.

Mano. Pero mujer...

Blan. No quería venir, por ellos, que ya los conoces y sabes qué son, y me resistí, me resistí.

Mano. Pero viniste.

Blan. Estaba escrito, chico. Era inevitable.

Mano. Hueles que apestas.

Blan. Que más da. (A Soledad que desde que entró arregla el desorden de la mesa). Alcánzame una copa.

Sole. ¿Vino?

Mano. No bebas más.

Blan. (Indiferente). Bueno. Te aseguro que bebo por costumbre, sin ganas. (Soledad se va lateral derecha).

Mano. Ya lo sé.

Blan. Pero si tú no quieres, no bebo. A ti te obedezco. Y te doy las gracias.

Mano. ¿Por qué?

Blan. Por todo. Ya lo sabes. Por no haberme olvidado, por haberme hecho vivir. Cuánta miseria estos dos años. (Intentando levantarse). Dame vino.

Mano. Me has prometido obedecerme y no beber.

Blan. Tienes razón, son los recuerdos.

Mano. Olvida eso que no merece la pena. (En broma). Además, es una restitución. No quiero que pienses mal de todos los hombres. (Entra Margarita por el foro izquierda y se acerca hablando).

ESCENA DÉCIMA

Dichos y Margarita.

Marg. Di que sí; de todos hay que pensar mal.

Mano. (A Blanca). ¿Lo crees tú?

Blan. No, yo no; pero ella lo dice.

Marg. (Que se ha acercado tendiéndole la mano). De todos, y de ti el primero. ¿Cómo estás, golfo? No me mires con esa cara de extrañeza, que soy la mismo de siempre,

Mano. ¿Estás segura? Por que de no verte no lo creería.

Marg. La misma, la misma aunque tú me desconozcas. (A Blanca que, sosteniéndose con dificultad, se marcha). ¿Por qué no has pasado tú?

Blan. Ya lo ves.

Mano. Está un poco mareada.

Marg. ¿Mareada? (Riéndose). Di borracha y aciertas. La ha agarrado buena.

Blan. Como tú, exactamente igual, y no te digo nada. (Llega a la puerta lateral derecha).

Marg. ¿Dónde vas?

Blan. A la cocina; se está mejor que allí. (Señala la puerta del foro izquierda y se va).

ESCENA UNDÉCIMA

MARGARITA y MANOLO.

(Esta escena, en su primera parte, no la hará la actriz excesivamente rasgada, porque Margarita no es una borracha vulgar, pero tampoco ha de faltar en ella cierto atrevimiento y desenvoltura).

Marg. Ten cuidado con Soledad, no te dé amoníaco. (Se ríe). Tiene gracia, irse a encerrar a la cocina.

Mano. En la cocina no, pero acostadas si, debíais estar tú y ella.

Marg. ¿Tarde y de moralista? ¡No! Deja los sermones para cuando estés entre personas sanas. Aquí estamos de juerga. Bebe.

Mano. No tengo ganas.

Marg. Bebe. Aunque te alegres no lo ha de saber nadie más que esos golfos de Rodrigo, Rendón y compañía.

Mano. Te he dicho que no tengo ganas, Margarita.

Marg. ¿Me desprecias? Bien... Resignación... Me han despreciado tanto, que hasta yo misma me desprecio... (Después de pasarse una mano por la frente ahuyentando pensamientos). Bueno, mejor que me desprecien. Acaso tengan razón. Para lo que una es... (Enciende un cigarrillo).

Mano. No sabes lo que te dices.

Marg. (Como si no le hubiera oído). Pero con esto yo no hago mal a nadie.

Mano. A ti misma.

Marg. ¡Bah! Me divierto, estoy contenta, olvido. ¡Y tengo una necesidad de olvidar! ¿Quieres que bailemos?

Mano. ¿Estás loca?

Marg. Es fácil. ¡Pienso tanto! Acallo los pensamientos siempre que puedo; los ahogo en vino, y apesar del vino y de las juergas los siento. (Va a beber y él le retira la copa). ¿No me dejas beber?

Mano. No.

Marg. ¿Por qué?

Mano. Por que prefiero que oigas tus pensamientos. Así los oiré yo también.

Marg. No te interesan.

Mano. No eres tú la que puede decir eso. Yo puse interés en todas las cosas de tu vida.

Marg. Antes, sí, ahora, no. Si te interesara mi vida hubieras venido a verme alguna vez en estos seis meses; y apenas te he visto dos veces, y éstas, para saludarme simplemente, en el teatro.

Mano. Tú has tenido la culpa.

Marg. Yo.

Mano. Sí.

Marg. No te entiendo.

Mano. Me engañaste.

Marg. Qué dices.

Mano. Que me engañaste, nada más. Recuerda la noche del cubano Rendón, en esta misma casa. Acordamos tu huída, por librarte de Julio y huíste, escondiéndote en Valdeflores.

Marg. Sí... Sí...

Mano. Y cuando yo te creía, juzgando por tus cartas, feliz y satisfecha, enamorada de Carlos y hasta del pueblo, tú...

Marg. Sigue... Sigue..,

Mano. Te presentaste en Madrid con Julio.

Marg. ¿Y creiste..?

Mano. Te lo puedes figurar, lo que cree todo el mundo. Que lo habías llamado.

Marg. (En un grito ahogado). ¿Yo?

Mano. Que volvías gustosa al teatro; a «su teatro».

Mano. No, no; yo no le llamé, no le hubiera llamado nunca, ni en la desgracia, ¡y era feliz..! No salí de Valdeflores, me arrancaron. Un día se presentó Julio, que había logrado descubrir mi paradero y me hizo seguirle. Tú sabes por mis cartas quien era yo allí, cómo me quería el cura, Carlos, todos... El también lo supo y me amenazó con descrubrirles que yo era Ambarina. Vi el desprecio, la burla de aquella gente tanto tiempo engañada; vi que me iban a escarnecer los mismos que me adoraban, y no pude resistir... Era el hundimiento de todos mis ensueños, pero tenía cerrados todos mis caminos. Y le seguí. De noche escapé del pueblo. El me esperaba en Córdoba.

Marg. Cuánto has sufrido, Márgara. No llores.

Marg. Al regresar a Madrid todavía pensaba en mi redención. Acaricié la esperanza de encontrar tu ayuda para huir nuevamente.

Mano. Yo estaba fuera.

Marg. Lo sé. Al no encontrarte, al faltarme el amigo leal que era mi último refugio, lejos de aquella vida quieta y de aquel amor humilde y bueno, despertó mi orgullo.—«Si se me cierran todos los caminos volveré a ser Ambarina»—pensé. Y otra vez me dejé guiar por él, que al principio, mientras le hice falta, extremó sus atenciones, pero que luego, cuando acredité su teatro, me abandonó totalmente.

Mano. ¡Pobre Ambarina!

Marg. Eso no me importaba; mejor. Yo era otra vez Ambarina, la mujer de moda, la favorita, la la aventurera.

Mano. No te calumnies.

Marg. Y volvieron las juergas, las borracheras tumultuosas... (En transición brusca. Dame vino.

Mano. No

Marg. ¡Dámelo, que me ahogo! (Hace un esfuerzo, levantándose violentamente para lanzarse sobre la mesa y lanzando un grito de dolor, se tambalea). ¡Ay!

Mano. (Sujetándola). ¡Margarita!

Marg. No es nada, no.

Mano. Te has puesto pálida... Tiemblas. (Sentándola). ¿Qué tienes?

Marg. (Cada vez más débil). Estoy enferma. Llevo así un mes.

Mano. ¿Enferma de qué?

Marg. Lo ignoro. Me han visto varios medicos y tampoco lo saben. Tengo como un hierro candente en las entrañas.

Mano. Pero mujer, con esta vida te vas a matar.

Marg. Mejor; así acabo.

Mano. No digas tonterías. Ahora mismo te vas a acostar y mañana vendré yo con un buen médico; con el doctor Arroyo.

Marg. (Con voz débil). Bueno... (De pronto agita las dos manos desesperadamente y murmura por sílabas). No-te-va-yas..! ¡Me-aho-go! ¡A-gua! ¡A-gua..! (Y blandamente se desmaya cayendo hacia atrás en el diván).

Mano. (Agitándola). ¡Margarita! ¡Márgara! (La moja la cara con el agua de los cubos). Es inutil. (Hace un gesto de importancia y se dirige a lateral derecha). ¡Soledad! ¡Soledad! ¡A ver! ¡Pronto! Margarita se ha des-

mayado... (Su voz se pierde dentro. Entran por el foro izquierda, muy alegres, Rodrigo, Rendón. Julio. Pamplonesa y Palmira ésta del brazo de Julio).

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA desmayada, PAMPLONESA, PALMIRA, JULIO, RENDÓN y RODRIGO.

Rend. Es muy tarde, Margarita; nos vamos.
Rodri. No está. (Mira alrededor).
Palm. Mejor.
Rend. ¿Qué no? Mirala. (Se ríen todos y Pamplonesa se acerca a ella).
Pamp. ¡Margarita!
Rodri. (Al ver que no se mueve). ¡Vaya borrachera!
Rend. Grande es.
Palm. Epica...
Rodri. ¡Brutal...!
Juli. Que la duerma. Vámonos.
Rodri. Verdaderamente brutal... ¡Brutal! (Y se van riendo «brutalmente» mientras se oye en lateral derecha pasos precipitados y voces confusas y cae lentamente el

TELÓN

ACTO CUARTO

Es un cuarto claro y alegre en el Sanatorio de Villa-Luz. Al foro hay una amplia ventana con un cortinón que puede correrse. Por aquella ventana se ve el campo.

En lateral derecha, segundo término, una cama con barras doradas En la cabecera de la cama—en la pared—hay un Cristo, y en la pared del foro, encima de la misma cama un cuadro de la Virgen del Rosario. En lateral izquierda segundo, un espejo grande y debajo un lavabo de porcelana con grifos de metal. En primer término de lateral derecha, una puerta y en lateral izquierda, otra.

Al levantarse el telón Margarita, acostada, duerme. Soledad cerca de ella en una silla. Hay una pausa y entra Sor Filomena por lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, durmiendo, SOLEDAD y SOR FILOMENA.

Sor Fil. Ahí tiene usted una visita, Soledad.

Sole. Muchas gracias, hermana. (Se levanta). Si despertara no tenga usted inconveniente en llamarme.

Sor Fil. La llamaré.

Sole. Si no nos ve ni a Blanca ni a mí, se disgustará.

Sor Fil. Descuide usted. ¿Se marchó el ayudante?

Sole. Salió a fumar un cigarrillo. (Sor Filomena se acerca a la cama mientras Soledad sale por el foro izquierda).

Sor Fil. ¡Pobrecilla! (La acaricia. Entra Salcedo por lateral derecha)

ESCENA SEGUNDA

MARGARITA, SOR FILOMENA y SALCEDO.

Salce. Sigue durmiendo...

Sor Fil. Durmiendo.

Salce. Mejor. La dejo a su cuidado un momento, Sor Filomena.

Sor Fil. Descuide usted.

Salce. Necesito ver a un compañero y voy a aprovechar los últimos momentos de mi guardia.

Sor Fil. Ya sé que le releva a usted Carlos. Me lo ha dicho el doctor Arroyo en la visita de la mañana.

Salce. Dice que se encuentra mejor.

Sor Fil. Nos dió un susto el pobre muchacho.

Salce. Era la primera operación en que intervenía y se afectó (Entra Carlos por lateral derecha).

ESCENA TERCERA

Dichos y Carlos.

Carl. ¿Hablaban ustedes de mí?

Sor Fil. De usted hablábamos, don Carlos. ¿Qué tal se encuentra?

Salce. ¿Totalmente restablecido ya?

Carl. Estoy bien, sí. Gracias.

Sor Fil. Nos alegramos sinceramente.

Carl. (Sin poderse dominar ¿Cómo está la enferma? (Se acerca a la cama y queda contemplando a Margarita muy temblroso y pálido).

Sor Fil. Muy bien.

Salce. Ahí tiene usted a la causante de su mal. Duerme bien ajena a que por ella ha pasado usted seis días en cama, con fiebre y diciendo unas cosas muy absurdas de su pueblo y de los santos.

Sor Fil. De no conocerle hubiéramos pensado mal.

Carl. Sí, se explicaba.

Salce. No lo dude usted. El caso no era para menos. Un médico puede impresionarse la primera vez que ve una operación, pero enloquecer, no; y usted se volvió loco.

Carl. Es posible.

Salce. No hizo usted más que entrar en la clínica conmigo, y acercarse a la mesa de operaciones, cuando dió un grito y retrocedió, blanco como la pared y temblando como un azogado. No se quiso usted retirar mientras se hizo la operación, pero tenía usted ojos de espanto. Y luego, ya lo ha visto. Fiebre aquella noche y seis días de cama.

Carl. No me he podido explicar todavía lo que me sucedió.

Salce. Sencillamente, que no era usted muy dueño de sus nervios. Acababa usted de sufrir una enfermedad grave, según nos ha dicho.

Carl. Sí.

Salce. Y su sistema nervioso no estaba para esas impresiones.

Sor Fil. Afortunadamente está usted bien, don Carlos.

Salce. A todos nos ha sido desagradable la primera vez que hemos visto un cuerpo rasgado por el bisturí, pero nos hemos acostumbrado. ¿Quiere usted algo?

Carl. Nada.

Salce. Que sea feliz la guardia.

Carl. Gracias. (Mientras Salcedo y Sor Filomena se acercan a lateral derecha, por donde sale Salcedo, Carlos se acerca a la cama, mirando dolientemente a la enferma).

Salce. (En la puerta) Hasta luego Sor Filomena.

Sor Fil. Adiós (Se va Salcedo. Se vuelve Sor Filomena).

ESCENA CUARTA

DICHOS menos SALCEDO.

Sor Fil. (Viéndolo cerca de la cama). Supongo que ya no le causará ninguna impresión.

Carl. No, no... Aquello pasó. (Transición). ¿No la cuida nadie de la familia?

Sor Fil. Nadie. Una amiga y una criada. Quizá no la tenga. ¡Pobrecilla! (Carlos se aleja. Es buenísima: muy simpática, muy dulce. Y sin embargo dicen que su vida es horrible.

Carl. Sí, eso dicen.

Sor Fil. Su nombre es como un pecado en boca del mundo: Ambarina. Y a mí me parece blanco y angelical. ¡Quién sabe cuántos dolores habrán pasado por ella!

Carl. Ni ella misma... (Transición) Pero todos llevamos algún dolor dentro. (Una pausa. Carlos se acerca al ventanal; Sor Filomena al lecho. Se oye fuera la voz de Blanca que luego entra por lateral derecha).

ESCENA QUINTA

DICHOS y BLANCA.

Blan. (Fuera) No, no y no; yo no voy al teléfono. No quiero hablar con nadie. Que me dejen en paz.

Sor Fil. (A Carlos). Es su amiga. (Asomándose). ¿Qué le pasa a usted, Blanca?

Blan. (Entrando). Cree la gente que estamos para hablar por teléfono. Preguntan por ella como si no tuviéramos más preocupación que la de contestarles, cuando si pudiera me contestaría a mí misma, porque yo también quisiera saber como está.

Sor Fil. Está bien, Blanca; no se desespere.

Blan. Puede ser, puede ser. Pero vean si no es para desesperarse lo que le ocurre a la pobrecita. Ahí sola, sin una persona de la familia, sin un ser querido. Conmigo, que soy como una extraña, y que además no tengo valor, y con su criada. Dos mujeres que la queremos mucho, pero que lloramos al verla. Y mientras tanto él. (Carlos excitadísimo sigue con interés sus palabras).

Sor Fil. Calme sus nervios, Blanca. Va usted a enfermar.

Blan. No; yerba mala no muere. Yo soy una yerba mala.

Sor Fil. Se ofende usted.

Blan. Me conozco.

Carl. (Aparentando indiferencia). ¿Tiene novio la enferma?

Blan. Tenía... tenía un novio. Nosotros les llamamos novios.

Sor Fil. Hay que cubrir las apariencias.

Blan. Sí, pero todo el mundo lo sabe.

Sor Fil. Viven ustedes demasiado a la vista.

Blan. Es la vida la que nos lleva y nos trae. Nosotras no tenemos voluntad, y ella menos. Una vez la tuvo y huyó de él, escondiéndose en un pueblecillo para olvidar que era artista; pero no le sirvió de nada. Supo su escondite y la obligó a seguirle con amenazas. Y tuvo que ser nuevamente la Ambarina porque él había adquirido el *Palais* y quería que se lo acreditase.

Carl. Hará de eso mucho tiempo.

Blan. No; muy poco. Seis meses. Pero afortunadamente se acabó. Si me acuerdo de él es porque veo a esta pobre luchando con la muerte. Y me figuro que es por su causa. (Por lateral izquierda entra Soledad, Carlos retrocede al verla).

ESCENA SEXTA

DICHOS y SOLEDAD

Sole. ¿Se ha despertado?
Blan. No.
Sole. (A Blanca). Don Rodrigo y Rendón quieren saludarla.
Blan. Los voy a echar al momento. (Se va por lateral izquierda. Sor Filomena se marcha por lateral derecha).

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS, menos BLANCA y SOR FILOMENA.

Carl. (Dominando su agitación). Soledad.
Sole. (Estupefacta) ¡Don Carlos! ¿Cómo está usted aquí? ¿Quién le ha dicho?
Carl. Nadie me ha dicho nada, Soledad. Estoy aquí por que soy ayudante del doctor Arroyo.
Sole. ¿Usted? (Transición dulce). Entonces ya no tiene que preguntarme nada.
Carl. Nada.
Sole. Comprenderá la razón de muchas cosas que parecían inexplicables. Si supiera usted cómo le quiso y cómo ha sufrido.
Carl. Sí, me quiso, me quiso. Todavía pongo el alma en estas palabras. ¡Me quiso! Y sin embargo, me abandonó.
Sole. La obligaron. De Valdeflores no salió ella, la arrancarón de allí. Usted lo tiene que saber.
Carl. Lo sé. Fué él.
Sole. Fué él y el miedo a que se descubriera la verdad. Tuvo miedo los dos años que allí estuvimos. Miedo a todo. A su amor y al de usted; a doña Escolástica y a don Florencio. (Vacilando). Saben en el pueblo...
Carl. Nada. Recuerdan con devoción a la hermana

de todos los pobres, a la madre de los dolientes.

Sole. Como nos fuímos así...

Carl. Se creyó en un milagro, y aunque hubo incrédulos que sospecharon una huída, se callaron por respeto a los demás. La que había estado allí era Santa Margarita en carne y hueso. Y se resignaron cuando se fué. Era la voluntad de Dios. Y yo que no me resigné, yo que la amaba con toda la fuerza de un primer amor, enloquecí. Y no faltó quien creyera que era un castigo por haber hecho humano un amor divino. Cuando recobré la razón, salí del pueblo, donde los recuerdos hubieran acabado conmigo.

Sole. (En un espanto) ¿Le ha visto ella?

Carl. No. Cuando la operaron entré en la sala después de cloroformizada. Nada sabía. Los compañeros me habían hablado de Ambarina, de la artista famosa, de la mujer de moda, pero nunca sospeché que ésta fuera aquella.

Sole. Porque no lo supiera usted huyó de Valdeflores. (Tímidamente). Usted, don Carlos, no se debía presentar a ella. (Al asombro de él). Por lo menos ahora. Usted sabe quien es. No puede quererla. Y ella se moriría de vergüenza.

Carl. No temas Soledad. Yo sabré hablarla sin que se impresione. Déjame un momento.

Sole. La va usted a matar.

Carl. La quiero demasiado todavia.

Sole. Quiere usted que yo la prepare.

Carl. No: déjame.

Sole. Bien; como usted quiera. Pero no la diga usted nada. Vea usted como está. (Soledad se va por lateral derecha. Carlos la acompaña hasta la puerta).

ESCENA OCTAVA

MARGARITA Y CARLOS.

Carl. (Después de mirarla con nerviosa insistencia se va acercando a ella) ¡Santa Margarita! ¡El sueño todo pureza y castidad! (Queda frente a ella contemplándola. Se inclina y la besa en la frente) ¿Qué culpa tienes tú de tanta maldad? Te amo, te amo, sí; te amo por tu

dolor presente, por tus dolores pasados. (Al ver que ella despierta le pone una mano sobre los ojos. Y dice dulcemente). ¡Márgara! ¡Margarita! (Ella intenta incorporarse) ¡No! Estése usted quieta. (Más dulcemente) Estate quieta. No te muevas.

Marg. (Con tristeza). ¿Ortega?

Carl. Sí, Carlos Ortega, que es ayundante del doctor Arroyo y te está cuidando.

Marg. ¡Oh, déjame; déjame... (Él separa la mano ella gime). ¡Dios mío!

Carl. No te espantes. Márgara. Yo estoy aquí... (Y rompiendo en un sollozo dice ocultando el rostro en el lecho) porque te quiero, porque te quiero.

Marg. Tú no puedes quererme, sabes quien soy...

Carl. (Con obstinación). Sí, lo sé, lo sé todo; pero te quiero. Para mí eres siempre Santa Margarita, como en Valdeflores.

Marg. ¡Calla! No recuerdes aquello.

Carl. Quiero recordarlo: quiero oir que me quieres tú... Dime que me quieres. ¡Si supieras cuánto he sufrido por ti! ¿Para qué huíste? Te hubiera querido lo mismo: yo te querré siempre, buena o mala, santa o pecadora.

Marg. No... Quisiste a aquella. Y aquella soy yo... No me querrás.

Carl. Te quiero a ti, Margarita. Te quiero.

Marg. Háblame... Dime todos tus pensamientos. Quiero oirte. Quería oirte.

Carl. (Dulcemente). ¡Santa Margarita! (Pequeña pausa. Entra Soledad por lateral derecha).

ESCENA NOVENA

Dichos y Soledad. En seguida Blanca y al final Sor Filomena.

Sole. (Entrando). Márgara...

Carl. Está despierta, Soledad.

Sole. (Por Carlos). ¿Has visto qué sorpresa? ¿Cómo te encuentras?

Marg. Bien, muy bien.

Sole. (Riendo). Carlos es un buen médico.

Carl. Aunque usted no lo creyera antes. (Soledad se acerca al ventanal y lo abre).

Sole. Tenía miedo.

Marg. ¿Qué habláis? (Entra Blanca por lateral izquierda).

Blan. Me alegro que estés despierta. Quería besarte. (La besa) ¡Que buena cara tienes!

Sole. ¿Qué trae usted?

Blan. Periódicos (A Margarita). Todos hablan de ti. ¡Te dicen unas cosas más bonitas! No tienes idea. Mira. En los ilustrados está tu retrato. (Margarita está como ensimismada y apenas presta atención a lo que la dicen. Busca con los ojos a Carlos).

Marg. (Indiferente). ¿Quién los trajo?

Blan. Tus amigos. El Sanatorio está lleno de gente que viene a verte y por teléfono no cesan de preguntar por ti. Tomasito Medina, el Conde de Santa Cruz. Pepe Díaz, don Rodrigo, Rendón... y una nube de fotógrafos y periodistas. Querían entrar. ¡Se han puesto más pelmazos! ¡Cómo te quiere todo el mundo!

Marg. (Indiferente) Mucho.

Blan. En fin, me voy con toda esa gente: a darles noticias.

Carl. Sí, es mejor. Estamos cansando a la enferma.

Blan. (Después de besarla). Me han hecho más de diez interviús. Me duele la boca de contar como te hicieron la operación (Se vuelve desde la puerta. A Carlos). ¡Ah! Con la alegría se me olvidaba. El doctor Arroyo pregunta por usted. Está en el teléfono. (Se va lateral izquierda).

Carl. ¡Qué mujer (A Margarita arreglándole los almohadones). Ahora a callar un ratito. Conviene que descanses. Así, quietecita.

Marg. Gracias.

Carl. (Desde la puerta lateral izquierda). Piensa en ponerte buena, Margarita. (Váse).

ESCENA DÉCIMA

MARGARITA Y SOLEDAD

Marg. (Después de una pausa consigo misma). Te quiero, te querré siempre· ¡No, no, no! (Medio se incorpora. Soledad corre a ella).

Sole. ¡Nena! ¿Estás loca?

Marg. Sí, loca, sí...

Sole. Te vas a poner mala ¿Es que no le quieres?

Marg. Sí, le quiero... Pero no quería que me viese aquí, en esta cama... Sabe que soy la Ambarina... Y yo no puedo hablarle... ¡La Ambarina!

Sole. Tenía que saberlo... Mejor. Ahora ya sabes que te quiere... No pienses más... Descansa. ¿Quieres que cierre la ventana?

Marg. (Soledad cierra. Semioscuridad. Puusa) Déjame.

Sole. ¿Me prometes dormirte?

Marg. Sí.

Sole. Te velaré desde allí fuera. (Vase lateral derecha).

ESCENA UNDÉCIMA

MARGARITA.

(Al quedarse sola empieza a incorporarse, con los ojos muy abiertos, y como si mirara con espanto algo muy lejano. Da la sensación de que sostiene un monólogo mental, y al fin rompe a hablar como continuándolo en voz alta Habla con dulzura y muy suavemente).

Marg. ¡Santa Margarita! ¡Santa Margarita! Lo que fuí, lo que quise ser, lo que soy para él... Para él solo, todavía... ¡Todavía! ¡Santa Margarita! Santa... (Ya medio incorporada, su vista tropieza con los periódicos y queda con la palabra en la boca. Los mira con espanto, sin atreverse a cogerlos. Luego, inconscientemente —mientras habla— como si huyera de ellos, va deslizándose de la cama, en una lucha desesperada consigo misma).

Y aquí mi nombre, mi gloria de artista que llega en oleadas desde la calle, abofeteándome... ¡Ambarina...! Ambarina, artista aventurera, mujer de escándalo... ¡No! ¡No...! (Cae al suelo por la parte del foro. Y avanza apoyándose en los hierros de los pies de la cama. Trae el vendaje suelto).

Y seré siempre Ambarina, siempre, siempre; porque el pasado me persigue como una maldición... ¡Ambarina! ¡Ambarina! ¡No...! (Debatiéndose cae sobre un sillón). ¡No!

(Una pausa) No siento nada... ¡Nada...! (Se mira, ve el vendaje suelto y en un miedo infinito se pone de pie, con las manos en el vientre). Mi vendaje .. Mi ven... Soco...

(Se ahoga la voz en su boca y con toda la vida en los ojos espantados se queda mirando a la puerta. Hay una pausa muy grande. Poco a poco se va transfigurando. Parece como si la envolviese una dulce embriaguez).

¡Santa Margarita! ¡San-ta-Mar-ga-ri-ta! (Cae sobre el sillón. Pausa brevisíma y reza con voz más débil cada vez).

Padre nuestro que estás en los cielos...

(Y sigue hasta que muere. La artista puede deslizarse del sillón al suelo, sin violencia, conforme esté sentada. o puede levantarse al sentir los estertores para «hacer la caída». Y puede inclinarse suavemente sobre el respaldo del sillón).

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA, CARLOS y en seguida BLANCA, SOLEDAD, SOR FILOMENA y ENFERMEROS

Carl. (Después de una pausa entra Carlos). ¡Margarita!, Már... (Al verla retrocede dando un grito y luego se arroja sobre ella). ¡Ah! ¡Muerta! (Y la abraza sollozando. Entran Blanca, y Soledad y detrás Sor Filomena y algunos enfermeros).

Blan. ¿Eh? ¿Qué es esto?

Sole. ¿Qué? ¡Margarita!

Carl. (Sigue sollozando). ¡Muerta!

Las dos ¡Muerta!

Carl. Sin verte yo... Sin verte... ¡Margarita!

Sor Fil. ¡Compadécete de ella, Dios mío!

Carl. ¡Margarita! ¡Santa Margarita!

Sor Fil. Compadécete de todos nosotros pecadores...

(Las últimas palabras, desde la entrada de las mujeres, pueden decirlas sin esperar el orden del diálogo, dando pruebas de su dolor, lo mismo que Carlos, excepto la última frase que debe de ir entre las dos que pronuncia Sor Filomena).

TELÓN RÁPIDO

3 0112 117454618